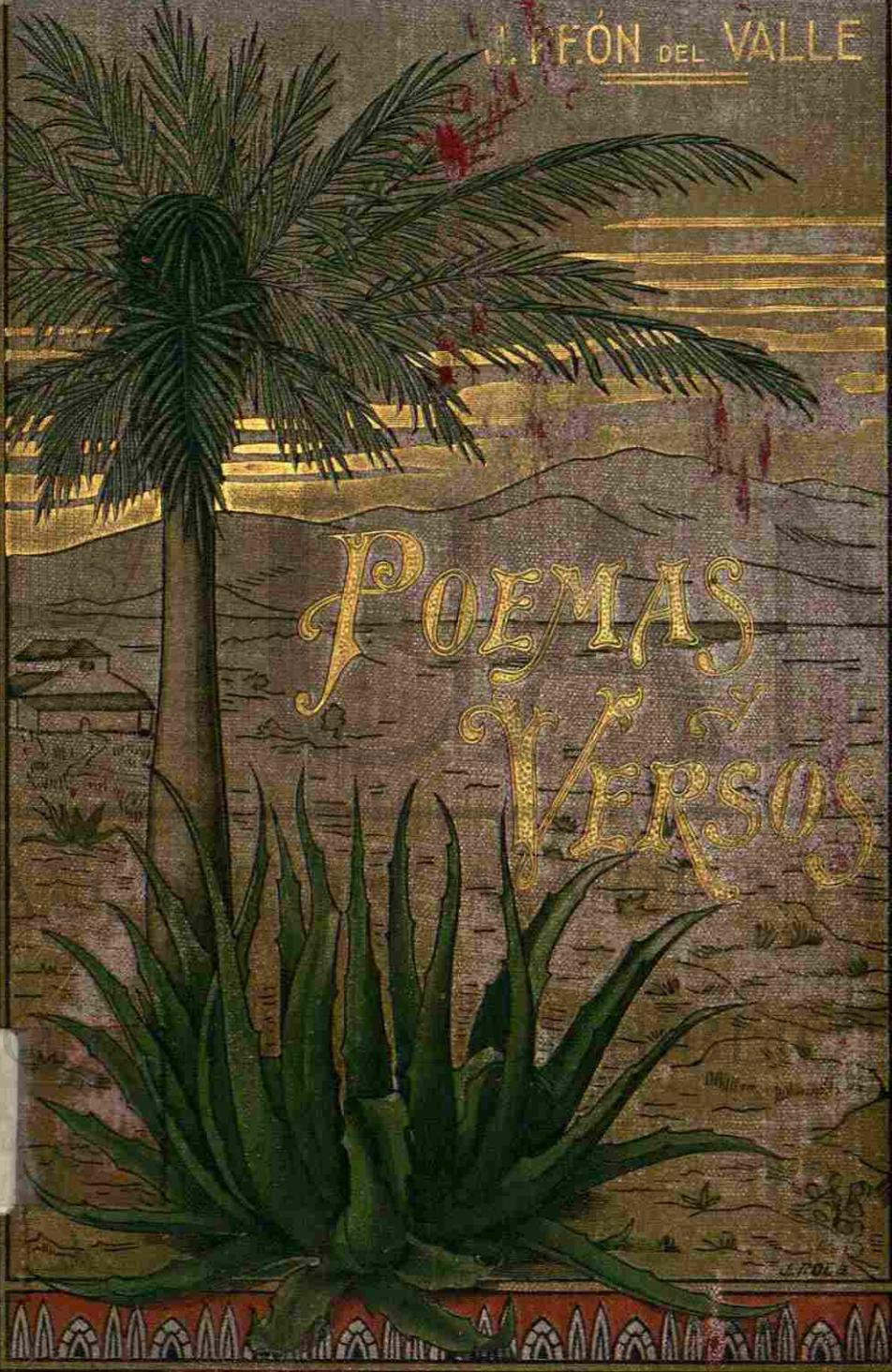


J. PEÓN DEL VALLE

POEMAS
Y
VERSOS



L. POLA

NO. 1

COLORED

WOOD

GRAIN

PAINT

OR

STAIN

OR

WAX

OR

GLASS

PAINT

OR

STAIN

OR

WAX

OR

GLASS

PAINT

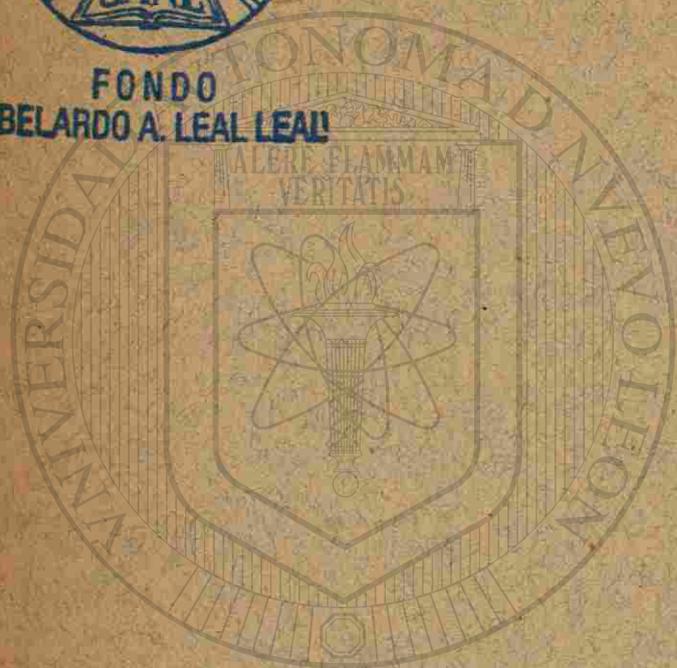
OR

PQ 7 297
. P 35
1903

WINGO STAIR



FONDO
ABELARDO A. LEAL LEAL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

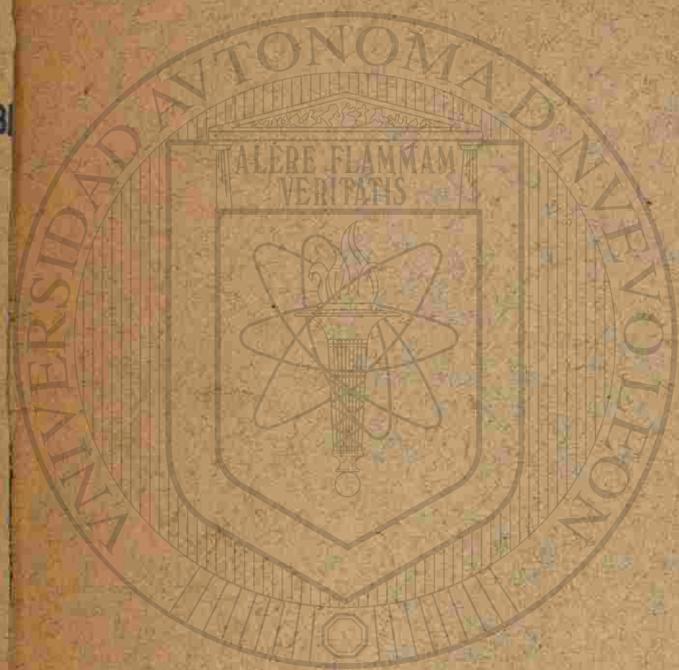
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



U. 4145

ABI



ABELARDO A. LEAL
POEMAS Y VERSOS

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

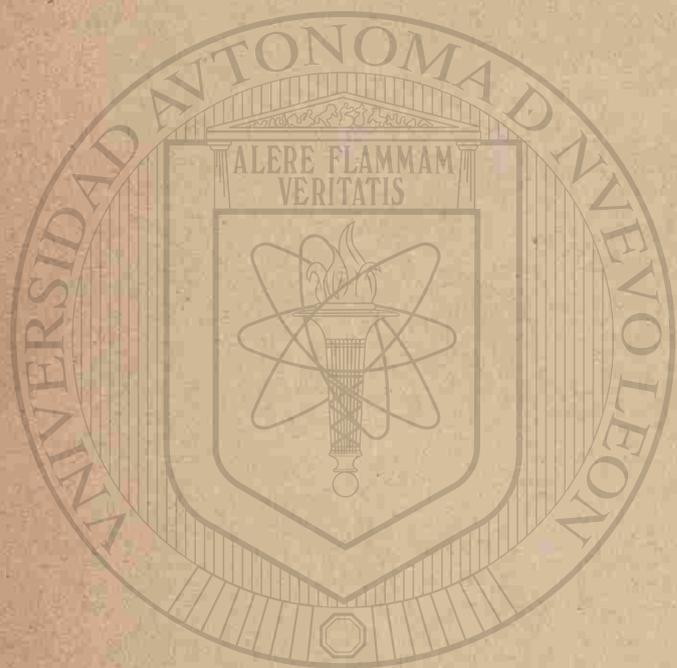


José Peón del Valle

U. 4145
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

POEMAS
Y VERSOS

UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN MEXICO

Establecimiento editorial de J. Ballezá y C.ª, S. de C.ª

572, SAN JUAN DE JESÚS, 572

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

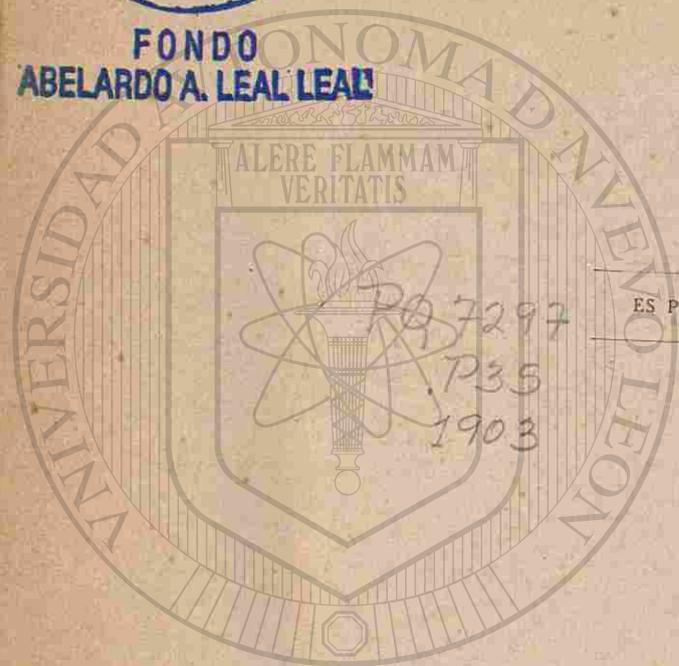
1903



82700

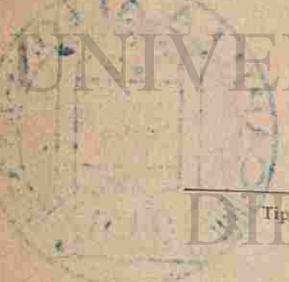


FONDO
ABELARDO A. LEAL LEAL



7297
735
1903

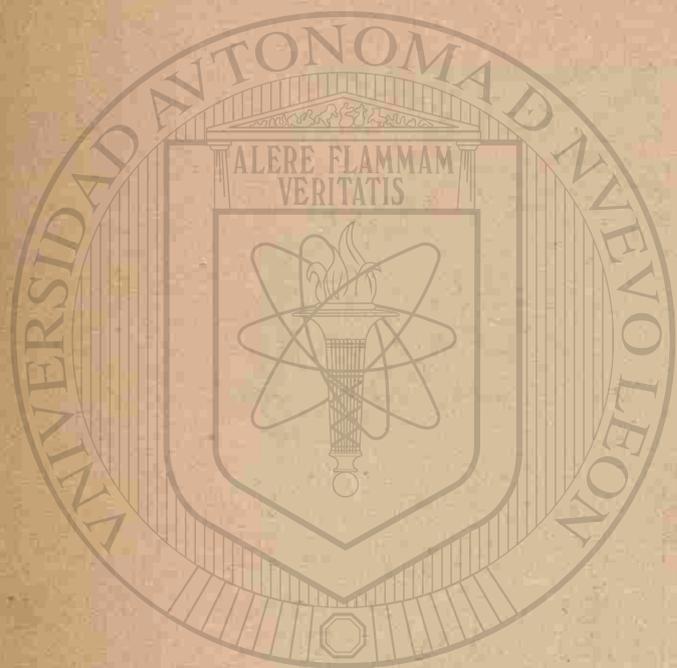
ES PROPIEDAD



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
Tip. de Luis Tasso, Arco del Teatro, 21 y 23. — BARCELONA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

México, Mayo de 1902

Al Señor Licenciado

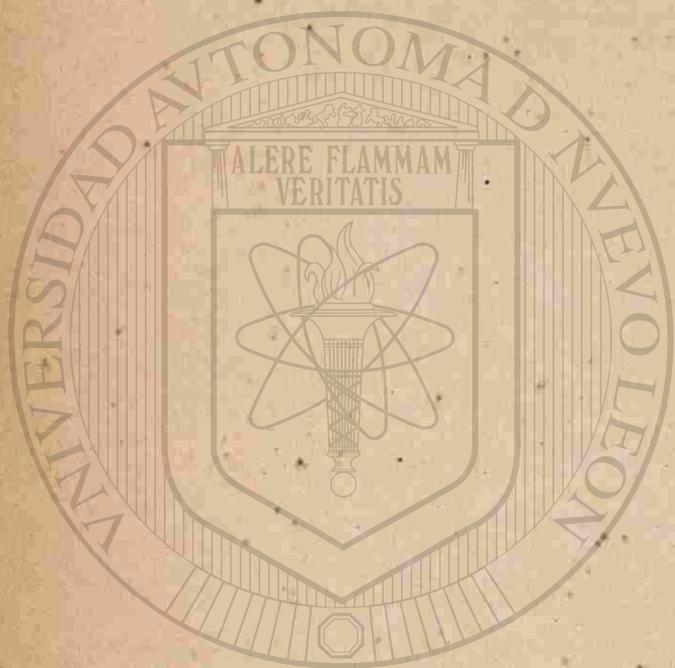
D. Joaquín Baranda

Con verdadero orgullo, pongo, señor, en la primera hoja de este libro, el nombre de V.; el nombre de un cumplido caballero, de un generoso y leal amigo, y de un indiscutible patriota.

Sírvase V. aceptar estas páginas, como una espontánea manifestación de mi invariable cariño y de mi profunda gratitud.

JOSÉ PEÓN DEL VALLE





México, Mayo 26 de 1902.

Sr. Lic. D. José Peón del Valle.

Presente.

Querido Pepe: No me conformo con haber dado, por indicación de usted mismo, respuesta verbal a su afectuosa carta en que me suplica que le permita dedicarme el tomo de versos que publicará próximamente; quiero que conste por escrito que otorgo el permiso cuya solicitud abona una vez más la bondadosa atención de usted para conmigo, y que agradezco la honra que me dispensa, que no es de las que se rehusan, si es que hay alguna que pueda y deba rehusarse.

La ley de la herencia se cumple en usted respecto á inspiración y á nobleza de sentimientos, que en ambas abunda usted, y una y otra le vienen de abolengo.

No conozco los versos, ni, caso de conocerlos, presumiría de autoridad para juzgarlos; pero no vacilo

en anticipar á usted mi calurosa felicitación, seguro de que serán tan buenos como los que, á juicio de las personas que de ello entienden, ha publicado usted anteriormente; más todavía, seguro de que tales versos, los inéditos, reunirán á la frescura genial del autor, la madurez que le han dado el estudio y la experiencia.

El contingente con que va usted á enriquecer la lírica nacional, será una nueva prueba de que en esta época en que domina el afán exclusivo por la adquisición y goce de los bienes materiales, y en la que todo lo sacrificamos á *los viles garbanzos*, frase del género chico que no por vulgar deja de ser filosófica, hay, como siempre, honrosas excepciones de la regla general; y excepciones son usted y su ilustre padre á quien tanto quiero y admiro, porque padre é hijo versifican, no con artificio, contando las sílabas con los dedos y ayudados del diccionario de la rima; no por obligación ó por paga en cualquiera de sus diversas formas, sino porque hacen versos hasta sin querer hacerlos, cediendo á natural é irresistible vocación; por amor á la gloria que no figura en ningún presupuesto de ingresos, pues nuestros ingenios de hoy, como los españoles de antaño, saben por experiencia que *Cervantes no cenó cuando concluyó el QUIJOTE*.

Esta triste convicción, que subsiste y subsistirá á pesar de los «Documentos Cervantinos», publicados recientemente por el Pbro. D. Cristóbal Pérez Pastor, y á pesar de que no faltan quienes, con bandera pirática de poetas, almuerzan y comen y cenan á lo Lúculo; esa convicción, digo, aquilata el mérito de usted y de los que, á semejanza de usted, velan el fuego sagrado de las letras patrias, que yacen olvidadas y maltrechas entre el humo de los ferrocarriles y de las fábricas, bajo el peso abrumador de los metales, del café, de las maderas preciosas, del henequén.

Al ver el plausible esfuerzo de usted y de sus pocos compañeros por alcanzar el *laurus nobilis* que en definitiva no trae consigo más que malquerencias y envidias, casi me inclino á creer que está en lo cierto don Juan Valera, cuando después de pasar revista á los líricos españoles del siglo XIX, como sólo pudo hacerlo el concienzudo crítico, profundo pensador y consumado hablista, afirma «que en dicho siglo, calificado de *positivo*, la poesía ha florecido tanto ó más que en cualquiera otra época, así en España como en las naciones extranjeras, y que lo positivo no está ni estuvo nunca en contradicción con lo poético».

De todos modos, los que aducen pruebas en pro de esa autorizada, aunque no indiscutible opinión,

tal vez perecerán por no adaptarse al medio; pero la gloria, que es menos ingrata que productiva, nos los devolverá redivivos: debe alentarlos y fortalecerlos esta esperanza, remota, lo confieso; mas no hay que olvidar que de esperanzas han vivido y viven muchas gentes en las esferas del amor, del arte, de la política, y aun de los negocios, que por su exactitud y precisión se avienen poco con las divagaciones de la fantasía.

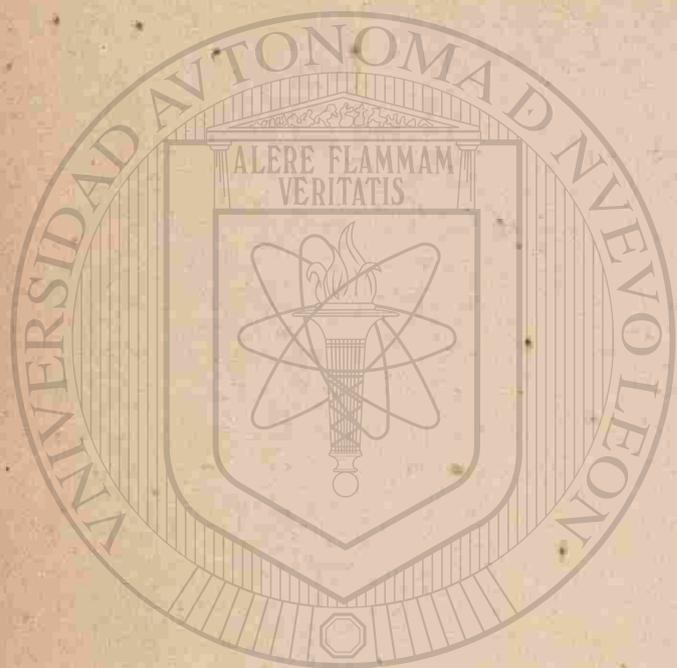
Se me ha ido la mano, y en consecuencia, mi carta ha resultado más larga de lo que debiera; que para expresar á usted mi agradecimiento, no era necesario dar rienda suelta á la pluma, sin acordarse de que quien mucho habla... No importa, que por muchos que sean los yerros, no han de amenguar la estimación y cariño que por usted tiene su amigo y servidor,

J. BARANDA.

POEMA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ÚLTIMO CANTO DE ANDRÉS CHENIER ⁽¹⁾

POEMA

Premiado por el Ayuntamiento de México

I

¡Ya es tiempo de morir! ¡Mi última aurora
rompe el capuz de la impalpable bruma,
y del día que nace, precursora,
deja el ave la rama protectora
y entrega al viento la rizada pluma!
¡Ya es tiempo de morir! ¡Venga en buen hora
el sueño eterno con su augusta calma,

que ya deshecha la robusta prora
lleva el bajel en que navega el alma!

II

¿Qué importa perecer? Si faltas tuve
sobre ellas tiende mi suplicio un velo:
el rayo rompe la siniestra nube,
y el bien oculto que con ella sube
desciende en lluvias y fecunda el suelo.

III

La muerte por la patria nos redime;
¡bien haya aquel que al batallar sucumba,
y bajo el hierro que el tirano esgrime
con el pendón del libre se derrumba!
Ni alivio quiero ni piedad imploro,
que cuando el campo al adalid espera,
fuera morir en paz, mengua y desdoro,
y lecho de baldón la tumba fuera.

IV

Morir así soñaba cuando á solas
con mi laúd, al declinar el día,

llegar miraba las tranquilas olas
que empuja el viento hacia la playa mía.
¡Oh mi natal ribera (2), oculto nido
de bienestar, de ensueños y de amores,
que la brisa al pasar, como un gemido
mi último adiós te lleve, confundido
con sus tristes y lánguidos rumores!

V

Alegre ayer te saludó la lira
que hoy llora engaños y sin fe se queja,
y eco es de un alma que afanosa mira
cómo el ángel del bien con que delira
tiende las alas y fugaz se aleja.

VI

¡Oh memorias del tiempo que ha pasado!
bellos fantasmas que en su mente evoca
el viajero que, solo y extenuado,
cae rendido sobre aislada roca;
venid, venid á mí, dad fortaleza
al que va sin apoyc y sin abrigo,
y, cuando corte el hierro mi cabeza,
hacia un mundo mejor volad conmigo.

VII

Te espero allí, ¡oh alma de la hermosa
virgen de Grecia (3) que en la tibia noche,
cuando cruza la luna silenciosa
el cielo azul, y rompe generosa,
flor escondida, el perfumado broche,
á mi lado miré; á ti la pura
hija gentil de la inmortal Atenas,
á ti que ignoras hoy que entre cadenas
gimo sin que me brinde tu ternura
su guirnalda de mirtos y verbenas;
á ti te espero allá, tu blando acento
vibrará junto á mí, triste y cobarde,
como vibró en la voz del manso viento
que mezcló tu gemido á su lamento
cuando te dije adiós aquella tarde!

VIII

¡Ya aquí no te veré, sombra querida
que entre las brumas del pasado flotas;
ni más he de cruzar por la perdida
senda, en que me esperabas escondida
entre laureles y columnas rotas!

IX

¡Ay! cuando el sol para morir descienda
tras la alta cumbre del lejano monte,
y entre la bruma azul del horizonte
su antorcha el astro de la tarde encienda,
llora pensando en mí, llora la suerte
que de tu lado me separa impía;
que mi alma, abandonando de la muerte
el místico lugar, envuelta á verte
irá en la luz crepuscular del día!

X

Y tú, pueblo francés, cuando mañana
recuerde tu memoria al condenado
por tu justicia ciega y soberana,
piensa que obedecer la ley tirana
del destino fatal, no es ser culpado.
¡Piensa que fué la libertad mi norte,
que lucir la miré límpida estrella,
que cuando el hierro mi cabeza corte,
mi varonil adiós será para ella!

XI

No te maldigo, no; bendita sea
tu formidable mano que levanta

entre las sombras la rojiza tea,
para que el mundo á sus fulgores vea
roto el yugo de ayer bajo tu planta.

XII

¡Es justo tu furor, es necesario
como es la saña cuando sigue al ruego,
como lo es que alimente al incensario,
para que exhale aromas, vivo fuego!
¿Qué la víctima importa al sacerdote
que entona salmos ante roja pira?
¡Oh, pueblo! ¿qué te importa el rudo azote
de tu venganza, si es sagrada tu ira?

XIII

¡Alza altanero las crispadas manos,
recuerda tu abyección y tus dolores,
y mata á los que fueron tus tiranos
y humilla á los que fueron tus señores!
¡Alegre en torno del tablado, danza,
ríe cuando aniquiles la materia,
y busca en sus despojos la esperanza
que arrancó de tu pecho la miseria!

8

XIV

¡Es justo tu furor! ¡Ay! ¡cuántas veces
olvidando tu encono y tus agravios,
con honda angustia y entre humildes preces,
«pan» imploraron «por piedad» tus labios;
y nadie te escuchó, y acaso viste
al clavar la pupila en lo infinito
con doloroso afán, callado y triste
pasar al ángel del poder, proscrito!

XV

Y en aquella visión muda y extraña
miraste escrita tu futura historia,
y juzgaste palacio tu cabaña,
y la nudosa y despreciable caña
que tu báculo fué, cetro de gloria.
Y obedeciendo á vengador empuje,
te uniste al punto, como unirse suele
la arena frágil, que imponente ruge
cuando africano vendaval la impele.

XVI

Todo cedió á tu paso: la ancha puerta
de la Bastilla rechinó en sus gonces;

9

y cual león que hambriento se despierta
y en torno gira la mirada incierta
y ve la presa y se detiene entonces;
te detuviste ante el titán sombrío,
hasta que al fin, como sus olas lanza
á la honda sima turbulento río,
te lanzaste en tropel, al son bravío
de tu lúgubre canto de venganza.

XVII

No vacilaste ya: ni tu abandono
ni tu pasada esclavitud te arredra,
y el rayo arrojas de tu airado encono
contra el coloso secular de piedra.
Tronó el bronce en la altura, á tu alarido
respondiendo iracundo; entre humo y balas
se rebujó el gigante maldecido,
y el ave del terror, sobre aquel nido
de ignominia y baldón, tendió las alas.

XVIII

Querías demoler aquel baluarte
formidable y siniestro del pasado,
y el abatir el bélico estandarte

por tu diestra sin hierros tremolado;
y tú ibas á vencer: la fuerte espada
se embota en el broquel del pensamiento,
y eran, para animarte en la jornada,
la risa de Voltaire tu carcajada,
y el grito audaz de Mirabeau tu acento.

XIX

Marat, Gonchon, Santerre, Maillard, Elías
marcando á tus furores el camino,
dejaban ver en sus miradas frías
y en sus frentes severas y sombrías
el fallo inapelable del destino.

XX

¡No eras tú el luchador, era el futuro
venciendo de otra edad la pompa vana,
y fué, á su empuje, el almenado muro
débil espiga que el turbión desgrana!
Y entre las ruinas del que fué impasible
testigo de tu oprobio y tu tormento,
por la primera vez el invencible
lábaro popular onduló al viento.

XXI

Sacia tu sed de justiciero enojo,
busca en la muerte seductor halago,
y eleva el hierro, por la sangre rojo,
sobre los campos que taló el estrago;
más no juzgues traidor al que de viva
sed de grandeza y patriotismo lleno,
por ver el sol de libertad arriba
hundió quizá sus plantas en el cieno.

XXII

¡Ay! ¿en el cieno?... ¡no! No pretendía
librar del beso helado de la parca
á la vieja y caduca monarquía,
¡salvar al hombre quise, no al monarca!
Yo siempre amé la libertad, el yugo
maldije siempre bendiciendo al bravo,
siempre en mis cantos infamé al verdugo,
y en ellos siempre desprecié al esclavo.

XXIII

Odié á Marat, porque rencor merece
el que oculta en su pecho vil rencilla,

12

y no le impulsa la ira que enaltece,
sino el rastrero encono que mancilla (4).
¡Tú sí eres fuerte y noble, oh pueblo! sabe
que al morir te bendigo; ven y toma
mi lira y su cantar, es el del ave
que moribunda, con cadencia grave,
saluda al sol que por oriente asoma.

XXIV

¡Ay! sólo eso te doy, nada á la historia
puedo legar de grande, nada valgo,
y morirá conmigo mi memoria.
Débil arbusto, al vendaval me quiebro
hoy que entre sueños de grandeza y gloria
algo se agita ansioso en mi cerebro (5).

XXV

Aquel ángel de amor que hallé á mi paso
cuando en mi hermosa juventud serena,
lleno de dulce fe, crucé al acaso
con mis ensueños la región helena;
el ¡ay! del ave que arrojó del nido
la torpe veleidad de la fortuna,
y que hasta mí llegó cuando abstraído,

13

en triste y yerma soledad perdido,
seguía el curso de la errante luna;
el rumor de la verde enredadera
que me habló de heroísmos del pasado,
mientras el viento la agitaba, y era
festón del viejo capitel truncado;
todo me hizo sentir un ignorado
secreto afán, y por la vez primera
al ídolo que en mí llevaba oculto,
vagando solitario en la ribera,
rendí en silencio misterioso culto.

XXVI

Y el mar Egeo, el viento gemebundo
que rizaba las olas peregrinas;
el recuerdo tristísimo de un mundo
que, en abandono lúgubre y profundo,
reposa inerte bajo mustias ruinas;
lo fugaz del humano poderío,
y la humana altivez que funda, necia,
su orgullo en lo que al fin el soplo impío
del tiempo arrasará; todo el sombrío
cuadro de destrucción que hallaba en Grecia,
en mí nacer hicieron ese vago
dulce anhelar por que mi afán suspira,

y busqué entre el tupido jaramago
que agitaba la brisa en blando halago,
de algún griego cantor la muda lira...

XXVII

Si fuera aún de mis acciones norma
la antojadiza voz de mi capricho,
pronto quizá prestara vida y forma
á lo que sólo al corazón le he dicho;
pero voy á morir... ¡cuando desata
su ira la tempestad, ¡ay! el perfume
del cerrado botón que troncha y mata,
ignorado de todos se consume!...

XXVIII

Mas ¿qué he de ambicionar? Al fin ¡oh suelo!
altiva y noble multitud te puebla;
ya el sol de libertad brilla en tu cielo
y su manto de angustias y de duelo
recoge en pliegues la nocturna niebla.
Mi alma tranquila y resignada parte
á habitar de la muerte la sombría
triste mansión; muy pronto voy á darte,

patria, mi último adiós; mas sé al dejarte
que si tuyo es mi amor, tu gloria es mía.

XXIX

¡Gloria imperecedera, que tú no eres
culpable de la sangre derramada;
que tú la paz y el bienestar prefieres
á armar hombres y niños y mujeres
con flamígera espada!
Tuya la idea liberal ha sido;
mas tú la viste en majestuosa pompa
alzarse entre la calma, no has querido
verla avanzar al fúnebre sonido
de la guerrera y destemplada trompa.

XXX

¡Oh pueblo! si la patria, al convocarte,
logrado hubiera con su acento darte
para el pasado olvido, como al pecho
que presentar debías al coloso
noble esfuerzo le dió, ¡cómo orgulloso
sin la muerte, al luchar por tu derecho,
vencido hubieras en la lid, y ufano,
no la palma sangrienta

del guerrero ostentaras en la mano,
sino el laurel, que el pensamiento humano
en sus victorias, generoso, ostenta!

XXXI

Mas ¡ay! que así no fué, y al hado plugo
que acudieran de nuevo á tu memoria
páginas que los reyes y el verdugo
con tu sangre escribieron en la historia.
Y tu pasado recordaste todo,
y quisiste, entre ruinas y entre espanto,
mezclar audaz, irguiéndote entre el lodo,
el llanto regio á tu plebeyo llanto.

XXXII

Tenías que arrollar: nadie previene
el destructor embate de la llama;
¿en dónde se halla el dique que detiene,
cuando impetuoso desde lo alto viene,
torrente turbio que encrespado brama?
¿En dónde está?... mas basta. Al fin la hora
de mi muerte ha llegado, la neblina
huye al beso del sol que la colora...
¡Salve, pueblo, que en masa aterradora

rodeas en tropel la guillotina!
¡Adiós, ya sólo anhelo que al redoble
del fúnebre tambor mi alma huya libre,
y que á tu oído, varonil y noble,
eterno el eco de mi canto vibre!

Julio de 1888.

NOTAS

(1) Andrés María Chenier, poeta francés del siglo XVII, murió en la guillotina el 25 de julio de 1794, á la edad de 32 años. Hago comenzar mi poema pocas horas antes de que Chenier fuese conducido al cadalso, al que subió bajo el peso de injusta acusación. Se le achacaba haber combatido en pro de la tiranía y en contra de la libertad del pueblo. Esto es enteramente falso. Chenier, dotado de un corazón generoso y noble, amaba la libertad; pero temía los avances revolucionarios, porque quizá, con ese poder de adivinación que á las veces poseen los poetas y que ante ellos rasga el velo del porvenir, comprendía que el pueblo iba á ahogar en sangre su furor por tantos y tantos siglos reprimido. Fundó Chenier *Le Journal de Paris*, periódico conciliador, enemigo á la vez de los realistas fanáticos y de los demagogos, y aquel periódico fué su perdición. Si de los primeros hubiera sido el triunfo, habrían condenado á Chenier por ser amigo y defensor del pueblo; triunfó el pueblo, y el tribunal revolucionario le sentenció á morir como enemigo de la patria y de la libertad.

Quiso evitar el derramamiento de sangre, y tuvo que entregar al verdugo su cabeza llena de pensamientos grandes y generosas ideas.

Chenier fué noble hasta lo último; el pueblo á quien él tanto amaba; el pueblo por el que había sacrificado bienestar y reposo; el pueblo que, en cambio de tanta abnegación y amor tanto, pedía á gritos su muerte, no escuchó brotar de sus labios ni una queja ni un reproche.

Andrés Chenier comprendió que la matanza era, como lo había temido, el efecto necesario é inevitable de los primeros movimientos revolucionarios que arrojaron por tierra á la monarquía francesa.

(2) Chenier nació en Constantinopla, en donde era su padre Cónsul General de Francia, el 29 de octubre de 1762.

(3) Hijo de una noble griega, con frecuencia Chenier hacía viajes al país en que nació aquella que le dió el ser. Nada de extraño tiene, por lo tanto, suponer que el poeta hubiera dejado un amor en aquellas regiones en donde sintió crecer y palpitar el genio en su cabeza y en donde, perdido entre ruinas, al recordar un pasado lleno de grandeza, murmuraron, tal vez de una manera inconsciente, sus labios, las primeras estrofas de sus inmortales canciones.

(4) Me refiero á la hermosísima poesía que Chenier dedicó á Carlota Corday después de la muerte de Marat. Nadie ignora que uno de los principales móviles que impulsaron al célebre revolucionario fué el odio, acaso infundado, que siempre tuvo á la nobleza. Lamartine dice, refiriéndose á Marat, en la *Historia de los Girondinos*: «Escritor sin talento, sabio sin renombre y apasionado por la gloria, sin haber recibido los medios de ilustrarse ni de la sociedad ni de la naturaleza, se vengaba de todo lo que era grande en la naturaleza y en la sociedad. El talento era para él tan odioso como la aristocracia, y le perseguía encarnizadamente en cualquier parte en que le veía brillar. Este hombre hubiera querido nivelar la creación, y su idea fija era la igualdad, porque en la superioridad hallaba su martirio. Era amante de la revolución,

porque ésta igualaba todas las cosas hasta nivelarlas con él, y tenía gusto en ver correr la sangre, porque le parecía que con ella lavaba la injuria de la obscuridad en que siempre había vivido. Hombre que tan bastardos sentimientos guarda, debe ser despreciado por más que sea justa y santa la causa que defiende. Nunca ha sido digna de admiración la serpiente que se enrosca silbando y hiere el pie que la pisa.

5) Cuando Chemier marchaba al patíbulo, murmuró, tocándose la frente, estas palabras: *Je n'ai rien fait pour la postérité, et pourtant j'avais quelque chose là!* Él y Roucher, poeta también, dieron notable ejemplo de amor á la poesía y de menosprecio á la muerte, como dice uno de sus biógrafos, no cesando de hablar del arte durante el tiempo que tardó la carreta que los conducía, en recorrer el camino que separaba la prisión del cadalso. En el momento mismo de morir acababan de recitar la primera escena de *Andromache*.



LA MALDICIÓN DE JOB

POEMA

Tarde tempestuosa. Las nubes negras y aglomeradas cruzan pausadamente el espacio. El viento gime arrastrando las hojas secas. Los relámpagos brillan sin interrupción.

JOB, sentado en un estercolero, apoya la cabeza en una mano y permanece inmóvil, hundido en meditación profunda. Se ve en el horizonte aparecer una nube más siniestra que las otras. Se aproxima con rapidez á la tierra; estalla un rayo; la nube se rasga y de su seno sale SATANÁS, que se mantiene á alguna distancia de JOB, mudo y fijos en él los ojos.

JOB

¿Quién eres tú, que así, triste y sombrío, tenaz, me ves? Tu rostro me es extraño;

porque ésta igualaba todas las cosas hasta nivelarlas con él, y tenía gusto en ver correr la sangre, porque le parecía que con ella lavaba la injuria de la obscuridad en que siempre había vivido. Hombre que tan bastardos sentimientos guarda, debe ser despreciado por más que sea justa y santa la causa que defiende. Nunca ha sido digna de admiración la serpiente que se enrosca silbando y hiere el pie que la pisa.

5) Cuando Chemier marchaba al patíbulo, murmuró, tocándose la frente, estas palabras: *Je n'ai rien fait pour la postérité, et pourtant j'avais quelque chose là!* Él y Roucher, poeta también, dieron notable ejemplo de amor á la poesía y de menosprecio á la muerte, como dice uno de sus biógrafos, no cesando de hablar del arte durante el tiempo que tardó la carreta que los conducía, en recorrer el camino que separaba la prisión del cadalso. En el momento mismo de morir acababan de recitar la primera escena de *Andromache*.



LA MALDICIÓN DE JOB

POEMA

Tarde tempestuosa. Las nubes negras y aglomeradas cruzan pausadamente el espacio. El viento gime arrastrando las hojas secas. Los relámpagos brillan sin interrupción.

JOB, sentado en un estercolero, apoya la cabeza en una mano y permanece inmóvil, hundido en meditación profunda. Se ve en el horizonte aparecer una nube más siniestra que las otras. Se aproxima con rapidez á la tierra; estalla un rayo; la nube se rasga y de su seno sale SATANÁS, que se mantiene á alguna distancia de JOB, mudo y fijos en él los ojos.

JOB

¿Quién eres tú, que así, triste y sombrío, tenaz, me ves? Tu rostro me es extraño;

no detengas tu planta al lado mío;
hay junto á mí pavor y luto y frío,
sigue adelante, vé.

SATANÁS

No temo el daño.

JOB

¿Tú no temes el daño?... ¿Acaso moras
en cómoda mansión?... ¿A los excesos
te entregas del placer?... Varón, ignoras
qué eternas y sombrías son las horas
para el que sufre, como yo he sufrido,
¡y he de sufrir aún! dolores de esos
que el espíritu agobian: ¡no has sentido
el barro de tu cuerpo corrompido
desprenderse á pedazos de tus huesos!

*(Breve pausa. SATANÁS sonríe irónicamente y avanza
hacia JOB.)*

Tú no has visto tal vez tu humano orgullo
abatirse y caer como la espiga
que guarda el grano de oro en el capullo,
que se mece gentil, que á otras se liga,
que eterno juzga el cariñoso arrullo
del manso viento que al besarle canta,
y cuando más se yergue y más se eleva,
trocarse mira donosura tanta
en vil despojo que el turbión se lleva!...

¡Sigue, señor, tu ruta; yo no puedo
lavar tus plantas y ofrecerte abrigo!
¡todos huyen de mí; sólo asco y miedo
infunde mi desgracia...!

SATANÁS

¡Soy tu amigo!

JOB

¡Mi amigo tú!

SATANÁS

De todo el que suspira.

JOB

Y tu nombre ¿cuál es?

SATANÁS

Llámame hermano.

JOB *(contemplándolo atentamente)*

Mucho de triste en ti también se mira,
¿es que Dios te ha dejado de su mano?

SATANÁS

¿Qué te importa si vengo á consolarte?

JOB

Es siniestra tu voz, aunque es sentida;
me parece que oigo, al escucharte,
la queja de la rama que se parte
y al suelo viene, por el rayo herida.
Tú sufres ¿es verdad? Es tu hermosura
sombria como noche sin estrellas,

y hay no sé qué misterio y qué pavora
en torno de tu ser. ¿También la altura
lanzó su maldición tras de tus huellas?
No me digas que no; mal en tus ojos
el llanto amargo del dolor se estanca,
y es tu acento negando tus enojos
queja que horrible malestar arranca...
¿De dónde vienes?—Dilo.

SATANÁS

Yo la tierra
recorro sin cesar. De lejos vengo.
Donde hay desolación ó peste ó guerra,
donde la dulce paz sus puertas cierra
allí busco el descanso y me detengo.

JOB

Pero ¿quién eres tú?

SATANÁS

Soy el que pudo
hacer del hombre la ventura un día;
soy el que ha sucumbido al golpe rudo
de la más execrable tiranía.
Soy víctima de aquel que sus rencores
ha ocultado traidor tras la careta
hipócrita del bien, y á mil dolores
tiene á la triste humanidad sujeta!

ABELARDO A. LEAL

JOB

¡Espíritu maldito!

SATANÁS

¡Calla, necio!

¿Maldito yo que consolarte ansío?

JOB

¡Aléjate de mí!

SATANÁS

¡De un siervo mío
jamás pagué el amor con el desprecio!
Jamás, mortal, entiéndelo, mi mano
te abandonara en manos del destino
si fuera yo tu Dios; pero el tirano,
el que infundió en tu ser ese mezquino
soplo de vida, el que permite ahora
que te escarnezca y burle el orbe entero,
¿con qué premia tu amor?... ¡Imbécil! ¡Llora!
¡llora sobre tu inmundo estercolero!

(Pausa. Después prosigue con voz conmovida.)

Ayer, todo era encanto, todo calma:
en venturoso hogar, vejez tranquila;
y para ver al mundo, en paz el alma
se asomaba risueña á tu pupila.

Pastaban en las vegas tus rebaños,
rebosaban semillas tus graneros,
y unos tras otros, rápidos los años

pasaron á tu lado placenteros.
Nunca negaste el bien; jamás hiciste
puerta en tu casa con umbral estrecho,
y halló siempre el viajero errante y triste,
pan en tu mesa y en tu alcoba lecho.

JOB *(sollozando)*
No te quiero escuchar. Vete; ¡me llenas
de desesperación en mi agonía!
Mal haces ¡ay! en aumentar mis penas
recordándome el tiempo en que serenas
fueron las horas de la vida mía!
Déjame en esta noche de dolores
soñar con el arcángel del olvido;
¡á qué hablarle de pájaros y flores
al viejo tronco por el rayo herido!

SATANÁS
(avanzando un paso é inclinándose hacia JOB)

Siempre, cuando en levante el sol lucía
ó cuando estaba en el ocaso oculto,
al Dios que tu existencia bendecía
rendiste humilde reverente culto.
¿Por qué el Señor de ti quitó los ojos
que tuvo tantos años en ti fijos?
¿Por qué trocó tus rosas en abrojos
y arrojó ante tus pasos los despojos
inertes y sangrientos de tus hijos?

¿Es esa de tu Dios la bondad suma
y ese el amor que en bendecir te empeñas...?

.....
¡Más que sus dones, Job, dura la espuma
que deja el mar sobre las toscas peñas!

JOB
¡Yo espero en el Señor!

SATANÁS *(con ironía)*
¿También ahora?
¿No es acaso el Señor quien te ha abatido?

JOB
Sé que tiende su mano bienhechora
al justo que cayó y al oprimido.

SATANÁS
¡Obcecado serás mientras alientes!
Él te da el mal, yo el bien. ¿Vienes?

JOB
¡No puedo!
¡Adoro á Dios y lo bendigo!

SATANÁS
¿Mientes!
¿es esa adoración, flaqueza y miedo!
Te entregas maniatado á tu verdugo
porque altanero y sin piedad te hiere;
no eres tú el solo ser que innoble yugo
al dulce y blando bienestar prefiere.

No eres tan sólo tú quien hace alarde
de una piedad fingida y embustera;
no eres tan sólo tú ruin y cobarde;
¡es como tú la humanidad entera!

*(Retumba en las alturas un trueno, y JOB se postra
hundiendo la frente en el estiércol. SATANÁS, er-
guido y con los brazos cruzados, prosigue, después
de lanzar una carcajada).*

¡Coloca, Job, coloca en la balanza
tus malas obras y tus obras buenas,
y dime si á tu espíritu no alcanza
que hay más seres que entonan tu alabanza
que rayos tiene el sol y el mar arenas.

En vano fuiste justo y fuiste bueno,
que después de hacer bien y vivir tanto,
cuando te hallabas de confianza lleno,
comiste pan y saboreaste cieno,
bebiste vino y lo amargó tu llanto!

¿Qué hay en torno de ti? ¡Sólo tristeza!

¿Dónde están tu mujer y tus amigos?

¡Los testigos ayer de tu grandeza
no serán hoy de tu dolor testigos!

(JOB lanza un gemido).

¡Varón, ese gemido es vana queja!

¿Quién te ha de consolar si á nadie halagas?

¡Demasiado hará el hombre si te deja,

al pasar por aquí, la inmunda teja
con que raspas la podre de tus llagas!

JOB

¿Por qué prosigues? Tedio de la vida
doblega mi alma, y en su angustia horrible,
de cada úlcera abierta y corrompida
hace un oído en que entra fementida,
llena de hiel, tu frase aborrecible.

SATANÁS

Te engañas á ti mismo. Si me escuchas
ávidamente, es, Job, que, á tu despecho,
mi frase, no de hiel, de verdad llena,
penetrando en el fondo de tu pecho,
como el rayo al caer, alumbra y truena.

JOB

¡Déjame!

SATANÁS

¡Bien! Vendrán, cuando me vaya,
á verte algunos, nunca á consolarte;
si les hiciste un bien, que no te asombre
que, así como el terral borra la raya
que hace el necio en la arena de la playa,
borre el recuerdo en su memoria el hombre.
Tú los verás callados y sombríos
sentarse junto á ti, y el ojo alerta,
fingiendo compasión, observar fríos,

á los gusanos que abrirán impíos
lívidos surcos en tu carne muerta!
Y si llegan á hablarte, si sus labios
abren paso á su voz ronca y adusta,
será no más para inferirte agravios,
quizás juzgando tu miseria justa.
¡Así es la humanidad! Para el vencido
no hay piedad, ni consuelo, ni ternura:
¡suenan mal los lamentos al oído
del que ignora lo que es la desventura!
Y entonces, bajo el peso formidable
de una invencible angustia, á tu infinito
dolor cediendo al fin, en tu ansia loca
saldrá vibrando pavoroso grito
del antro negro de tu abierta boca!
¡Maldecirás á Dios!

JOB

¡Nunca!

SATANÁS

En tí miro

fundirse á toda la caterva humana;
que la misma serpiente de la duda
que hoy á tu pobre corazón se anuda,
en todo pecho anidará mañana.

JOB

Yo no dudo, yo creo, mis pupilas
con la luz del Señor ansioso lleno.

SATANÁS

Mientes, Job, tú no crees; dudas, vacilas
y estás pensando que tu Dios no es bueno.
¿Por qué te hiere así? ¡Cobarde! niegas
lo que leyendo estoy en tu mirada;
¡ah Job! contigo mismo en vano bregas;
¡rebélate una vez! ¿Por qué así entregas
desnudo el cuello á tan injusta espada?

JOB

¡Déjame en paz morir! ¡Déjame, digo!

SATANÁS

¡Siempre cobarde y vil!

JOB

¡Vete!

SATANÁS

Me alejo...

¡Pronto me invocarás!

JOB

¡Yo te maldigo,
espíritu del mal!

SATANÁS

¡Imbécil viejo!

Sopla huracanado el viento, y en tanto que JOB se cubre el rostro con las manos, SATANÁS lentamente, muy lentamente, se eleva y se desvanece como un vapor en los aires.

Cae la noche. Entre las sombras se ven brillar fosforescentes dos pupilas que clavan siempre su mirada en JOB.

Eliphás, Baldad y Sophar aparecen á lo lejos, avanzan hacia el estercolero y silenciosos se sientan junto al leproso.

Y pasan siete días y siete noches y no dirigen ni una palabra á JOB.

JOB los observa silencioso también y crece su angustia y no escucha una voz que lo consuele y anime, y piensa en SATANÁS.

Después de esto, abrió JOB su boca y maldijo su día. Y habló:

¡Perezca el día en que nací, perezca!

Que ya nunca su sol al mundo alumbre,

y quiera Dios que oculta permanezca

en densa obscuridad su clara lumbré.

Que sea envuelto en mares de amargura

como hoy envuelta está la vida mía;

que el cielo, horror, tinieblas y pavora

arroje sobre ti, ¡maldito día!

Y maldita también, maldita sea

la noche que en un vientre concebido
fui por mi mal; que siempre la posea
y la atruene el turbión con su rugido.

Que su fría tiniebla entenebrezca
al astro que en su cielo reverbere,
que en su levante el alba no aparezca,
que ansí ver su luz, y en vano espere.

Que en ella peste y malestar profundo
bramando deje cuando pase el austro,
ya que cerrar no quiso cuando al mundo
vine, las puertas del materno claustro.

¡Miserable de mí! que mis mejillas
dos raudales de hiel surquen deshechos;
¿por qué fui recibido en las rodillas?

¿por qué me dieron de mamar los pechos?

¿Me han dejado vivir para que encuentre
en mi vejez dolores y miseria?

¿Por qué no hicieron del materno vientre
eterna tumba á mi infeliz materia?

¡Maldito, sí, maldito!...

(Se oye en los aires, confundida con el aullido del viento, una carcajada.)

¡Qué! ¿quién ríe?

¡Eres tú, Satanás! Pavor y frío

me causa tu reír. ¿No hay quien me guíe
en esta senda de dolor?

SATANÁS (*invisible*)

¡Ingrato!

JOB

Tú, no, jamás, jamás, ángel sombrío!

(*Postrándose*)

¡Señor, Señor, tu voluntad acato!

¡ten compasión de mí! ¡PIEDAD, DIOS MÍO!



HÉRCULES

BAJO límpido cielo
el sol su rayo desplomaba ardiente;
vagaba el ave en perezoso vuelo,
y se alzaba del suelo,
cual luminoso tul, vaho caliente.

Altaneros los dos, él sólo armado
con tosca y gruesa clava,
y lamiéndose el belfo el león hirsuto,
se apercibieron á la lucha brava,
erguido el hombre y replegado el bruto.

Se miraron, brillaban de la fiera,
con fulgores de hoguera,

SATANÁS (*invisible*)

¡Ingrato!

JOB

Tú, no, jamás, jamás, ángel sombrío!

(*Postrándose*)

¡Señor, Señor, tu voluntad acato!

¡ten compasión de mí! ¡PIEDAD, DIOS MÍO!



HÉRCULES

BAJO límpido cielo
el sol su rayo desplomaba ardiente;
vagaba el ave en perezoso vuelo,
y se alzaba del suelo,
cual luminoso tul, vaho caliente.

Altaneros los dos, él sólo armado
con tosca y gruesa clava,
y lamiéndose el belfo el león hirsuto,
se apercibieron á la lucha brava,
erguido el hombre y replegado el bruto.

Se miraron, brillaban de la fiera,
con fulgores de hoguera,

los torvos ojos en que la ira ardía;
de las abiertas fauces le manaba
turbia y espesa baba,
y con el fuerte rabo el viento hendía.

Al fin uno contra otro se lanzaron,
y en abrazo mortal los dos opresos,
cayeron sobre el césped y rodaron,
y con crujir siniestro rechinaron
del titán y el león, los duros huesos.

Y dominó el titán; fuerte y altivo,
a su adversario aun vivo
rápido desolló, y alta la frente,
cumplido ya su vengador deseo,
se alejó de aquel sitio lentamente
arrastrando la piel del león Nemeo.



« TULIA »

I

DESCEÑIDA la túnica flotante,
sobre la nuca recogido el pelo,
el ademán resuelto y arrogante
del que desdeña al mundo y reta al cielo;
la encorvada nariz al aire abierta,
rayos lanzando los oscuros ojos,
de tenue espuma nítida cubierta
la comisura de los labios rojos,
de pie en dorado carro que violentos
llevan potros que mal el freno doma,
Tulia, entre maldiciones y lamentos,
las calles cruza de la antigua Roma.

II

Con la toga viril ensangrentada,
Servio Tulio, gimiendo en su agonía,
roto el cráneo, sin luz en la mirada,
yace tendido en medio de la vía.

Ante él se eleva el Capitolio augusto,
y en lo alto de las gradas, imponente,
Tarquino, el matador, torvo y adusto
saluda audaz á la romana gente...

III

Se oye á lo lejos retumbar sonora
cadencia igual de galopar bizarro,
y entre nubes de polvo que el sol dora,
veloz, de Tulia rueda el regio carro.
¡Y llega al fin, y cuando el triunfo advierte,
de su ambición maldita en el exceso,
arrolla de su padre el cuerpo inerte
y en la faz de Tarquino imprime un beso!



« AGRIPINA »

ESTANCADA para siempre
la ardiente sangre en las venas,
está inmóvil Agripina
sobre una piel de pantera.
Nada perturba el silencio
de la augusta estancia regia,
que tenue y triste ilumina
débil luz que parpadea.

Á su fulgor, sobre el fondo
de la piel dorada y negra,
vigorosa se destaca,
la desnudez de la muerta.
Son los senos como nieve

de alta cima, que refleja
cuando el sol brilla en levante,
rayos de luces bermejas;
el blanco vientre divide,
en gruesos labios abierta,
honda herida, rojo surco
de ancha espada en fuerte diestra;
cárdena cinta de sangre
resbala por la cadera
que irreprochable se comba
en curva de lira griega,
y a trechos, en aquel cuerpo
más pálido que la cera,
se ven, cual jaspes de mármol,
livideces cadavéricas.

Se abrió en dos el cortinaje
de púrpura de la puerta,
y asomó por el sombrío
hueco, sombría cabeza.

Bañó la luz moribunda
roja barba corta y recia,
amplia frente, y también roja
ensortijada melena...

¡Nerón!... Las torvas pupilas
enclavó en su madre muerta,

y se hincharon sus narices,
y se fruncieron sus cejas.

Largo tiempo admiró mudo
aquellas formas espléndidas;
y con los labios crispados,
con la mirada siniestra
por el deseo turbada
y de vil lascivia llena,
murmuró, tras sí cubriendo
con la cortina la puerta:
«¡Imbécil! ¡Tarde lo supe!
¡muy tarde!... ¡Qué hermosa era!...»



FESTÍN DE AMORES

ESTALLÓ la tormenta,
surcó la faz del firmamento el rayo;
y destruyó la tempestad violenta
la exuberante floración de mayo.

Destrozó los trigales
el aquilón bravío,
y árboles, chozas, hombres y animales
arrastró desbordado el turbio río.

Cuando pasó la tempestad, de todo
lo que fué en otros tiempos lozanía
nada más quedó lodo.

En el desierto campo se veían
aquí y allá cadáveres hinchados,

sucios y destrozados,
y el viento, al descender de las montañas,
á su perfume agreste
confundía la peste
de podridas entrañas.

Abrazados los dos, boca con boca,
entre las asperezas de una roca
estaban dos cadáveres; él mozo;
ella gentil; abiertos
de par en par los párpados, dijera
el que á mirarlos fuera,
que se estaban mirando aquellos muertos.

Con silencioso paso,
como el que va á matar, como el que roba,
de un vecino breñal al campo raso
salió callada carnicera loba.
Avanzó lentamente,
al viento la nariz, el ojo alerta,
y cruzó de un extremo al otro extremo
la llanura desierta.

Llegó junto á la roca, unos instantes
olfateó con fruición los corrompidos
cuerpos de los amantes,

y el eco retumbó con sus aullidos.
Otro más ronco se escuchó cercano:
ya el lobo en pos de su hembra,
con ligero trotar, cruzaba el llano...

Nada turbó el festín. Sólo se oía,
mezclado á ese rumor de dulces besos
que finge el aura al declinar el día,
áspero ruido de crujir de huesos.

Y cuando al fin brillaron en la altura
las estrellas con tímidos fulgores,
las fieras, sin volver á la espesura,
convirtieron la roca árida y dura
en tálamo nupcial de sus amores.



HAMBRE

LA hierba aquí y allá, sin lozanía,
se ostentaba en manchones amarillos;
y al árbol que el ventisco estremecía,
torpe el reptil subía
enredando en el tronco sus anillos.

Sobre la enhiesta roca
que al cielo casi toca
con su pardo crestón, blancas y puras
las nieves del invierno remedaban
caprichosas figuras.

Ni un rengífero allí, ni una pantera;
el hombre primitivo

era la única fiera
que habitaba aquel llano.

Torvo, esquivo,
salió, al brillar el sol, de su guarida...
¡En la hembra sin fuerzas de aquel macho
se agotaba la vida!

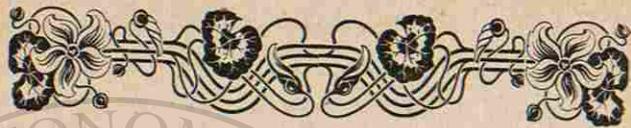
Expiraba de hambre... El frío crudo,
dulce el fuego solar, la nieve mucha...
¡En vano el troglodita el sílex rudo
altanero empuñó, matar no pudo;
ninguna fiera se aprestó á la lucha!

Ella y él reclinados en el hueco
de su árida caverna,
permanecieron mudos, en eterna
noche de horror hundidos,
hasta que una ocasión retumbó el eco
con ayes de dolor que eran rugidos!...

Deprimida la frente,
enorme el arco de la ceja hirsuta,
la mirada valiente,
fatídico, imponente,
se detuvo en la boca de su gruta.

Recorrió la extensión con la mirada,
en vano... no vió nada...
¡nada mientras la hembra se moría!
La mano que esgrimía
el sílex, dirigió contra su seno,
y bestial y sereno,
hundiendo entre los bordes de la herida
las poderosas manos como garras,
se deslizó otra vez en su guarida.

Buscó apoyo en la roca, y vacilante,
doblada la cerviz, el ojo fijo,
un trozo de su carne palpitante
tendiendo á la mujer: «¡Come!» le dijo.



ALERE FLAMMAM
VERITATIS
A la memoria de la

SRTA. CAMERINA PAVÓN

AL SR. LIC. D. JOSÉ M.^a PAVÓN

Ayl es preciso que todo
pase al fin, ¡todo perece!
así se secan los ríos,
las aves así enmudecen,
así entre nubes de púrpura
al negro ocaso descende,
el sol que entre nubes blancas
se alzó orgulloso en oriente.

¡Fuerza es que todo sucumba!

¡Feliz, Señor, el que muere
sin ver marchitos los campos

donde la dicha florece!
No suspires por su ausencia,
no llores porque la muerte
haya cerrado sus ojos,
haya besado su frente;

que así no perdió ilusiones
que sólo una vez se pierden,
ni espinas del desencanto
se enclavaron en sus sienes.
Pasó como pasa el aura
cuando la tarde fenece,
doblando tallos de flores
y perfumando el ambiente.

Bien está donde se encuentra,
bien está bajo del césped
que esmaltan las mariposas
y que el viento apenas mueve.
Déjala allí que repose
sin temor de que despierte;
¡que más que el laurel, arrullan
las hojas de los cipreses!

Piensa qué feliz ha sido
al partir cantando alegre,

como van las golondrinas
cuando el tiempo triste viene,
y que mejor es que el alma
sin dolor su cárcel deje,
que soñar como tú sueñas
con dormir como ella duerme.

Mecida por la brisa blandamente,
a la mansión volvió de los arcanos
envuelta en un celaje de occidente,
con un astro de luz sobre la frente,
con una lira de oro entre las manos.

¡Princesa inmaterial de un cuento de hadas,
ilusión de un ensueño de venturas,
mística soñadora de baladas,
desplegando las alas nacaradas
buscó su alcázar regio en las alturas!

Llena de amor, de gracia y gentileza,
la vió el día nacer: llegó la noche,
nimbó un rayo de luna su cabeza,

y el Dios de la nostálgica tristeza
cerró sus ojos con eterno broche.

Brilló como una llama de consuelo
que alumbra, da calor y se consume:
¡no podía vivir en este suelo;
amada de las auras, flor del cielo,
las auras se llevaron su perfume!

Y viene sin embargo: yo la veo
entre destellos de celeste luz,
vaga como un hermoso devaneo,
ayudar, cual Simón al Galileo,
a un pobre anciano a sostener su cruz.

Y van así rindiendo su jornada,
uno del otro caminando en pos;
él con el alma de sufrir cansada,
ella llena de fe, dulce, abnegada,
tendido el brazo y señalando a Dios.



MISERERE

Mi vida es nave sin timón ni velas
que lejos de la orilla,
hiende al azar las turbulentas olas
con insegura quilla.
Brama iracundo el noto
y no hay en la desierta inmensidad
un abrigo, Señor, para el piloto;
¡Señor, piedad!

Me dió la juventud sus blancas flores
y las corté sin tino,
y aspiré su perfume y con sus pétalos
alfombré mi camino;
y hoy tan sólo me quedan

tallos mustios sin savia ni vigor,
y hojas marchitas que en el polvo ruedan;
¡Piedad, Señor!

Luce en mi cielo el sol de la esperanza
con resplandor escaso,
y ya las sombras de la noche triste
se extienden á mi paso.
¿Que haré si su negrura
invade esta espantosa soledad,
y no brillan los astros en la altura?...
¡Señor, piedad!

Me hirieron muchas veces y herí mucho
en las lides de amores;
busqué la gloria y apuré en su cáliz
amargos sinsabores;
y hoy mi alma pecadora
lavándose en las aguas del dolor,
abrazada á tu cruz, piedad te implora;
¡Piedad, Señor!





ORACIÓN

SENOR, á ti me vuelvo, soy peregrino
que cruza soledades vastas y frías,
y cada vez se alarga más mi camino
y son más angustiosas las ansias mías.

Ave con alas rotas, vuelo sin tino;
y pasan silenciosos, negros, los días,
sin que vuelvan al árbol de mi destino
á anidar en parvadas mis alegrías.

Sólo de los despojos de unas dichosas
y pasadas edades, van inhumanos
germinando recuerdos de hombres y cosas;
¡matalos! te lo ruego juntas las manos,
como deben los muertos desde sus fosas
pedirte el exterminio de los gusanos.



GOTAS DE ACÍBAR

I

SE sueña con un bien y se persigue
la visión de aquel sueño,
y lucha el hombre y esforzado deja
jirones de alma en el combate recio.

Y al mirar realizarse su esperanza
y cuando al fin de la verdad es dueño,
ó anhela algo mejor y otra vez sueña,
ó ya sin anhelar, despierta al tedio.

¡Oh eterno combatir el de la vida!

¡Oh gran dolor eterno!

¡Ó sufrimos por ir tras lo soñado,
ó lloramos al no ir tras un ensueño!

II

Cuando en el mundo de los hombres puse
ciego la planta y avancé tranquilo,
juzgué nobles á todos, y con todos
partí mi pan y derramé mi vino.

Si en las noches llamaban á mi puerta,
le gritaba á mi criado: «¡Pronto! ¡vivo!
abre sin ver quién es y no preguntes;
debe ser un amigo...»

Hoy que va mi cabello poco á poco
quedando en mi cabeza enralecido,
hoy que mi juventud para marcharse
empieza á hacer su lío,

hoy que me acuerdo que en mis noches tristes
busqué en vano un abrigo,

y hambriento fui al banquete de los otros
y su pan me negaron y su vino,

cuando oigo que á mi puerta alguno llama,

«¡Pronto!, á mi criado grito,
cierra el portón y atranca la despensa,
debe ser un amigo!»

III

Mal haces en buscar, al detenerte,
un bien que sólo en nuestra mente existe;
echa la alforja al hombro, toma el báculo,
la frente inclina y adelante sigue.

Camina sin cortar ninguna rosa,
que su perfume al fin pronto se extingue:
¡se marchita la flor, y eternas sólo
quedarán las espinas para herirte!

En las noches tranquilas y azuladas,
clava en el cielo tus pupilas tristes:
¡que halla siempre un consuelo en las estrellas
el prisionero que en el mundo gime!

Enjuga el llanto y resignado avanza,
tiempo tendrás después para reirte;
nadie ha visto llorar las calaveras:
¡esas no cesan nunca de reirse!

IV

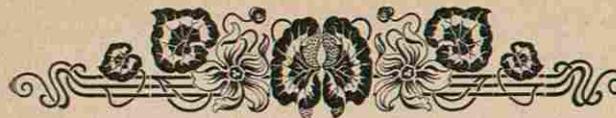
Deja correr tu llanto, así, abundante,
que cuando así se llora se halla calma;

¡el que ha sufrido mucho y nada espera,
vierte distintas lágrimas!

El llanto del dolor no fluye, brota,
y una á una sus gotas se derraman,
y dejan imborrable un negro surco
por donde ardientes pasan.

¡Deja correr tu llanto! el de hoy es dulce;
es el rocío de tu azul mañana;
¡cuando despunta el sol, en cada rosa
hay una gota de agua!

Ya verás entre sombras disolverse
la luz de tus risueñas esperanzas,
y entonces, cuando llores, ¡con qué angustia
vas también á llorar por estas lágrimas!



TRES SONETOS

I

AYER, cuando la noche descogía
su pabellón de estrellas, á tu lado,
del mundo y de sus luchas olvidado,
risueñas lontananzas me fingía.

Hoy, cuando el rayo de su luz sombría
vierte la luna triste, aquel pasado
recuerdo en mi aislamiento, y angustiado,
rigores lloro de la suerte mía.

Huyó de nuestra dicha el dulce acuerdo:
tú lamentas mi ausencia; yo, abatido,
entre las brumas del pesar me pierdo;
y de cansancio y de dolor rendido.

en el árbol sin hojas del recuerdo
nuestro infeliz amor cuelga su nido.

II

Yo sé que cuando el sol lento declina
en la oscura y brumosa lontananza,
por senda triste y olvidada avanza
tu planta débil que al azar camina.

Sé que tu frente el malestar inclina,
sé que ansioso tu espíritu se lanza
en busca de un destello de esperanza,
como en busca del sol la golondrina.

¡Pobre mártir de amor, lucha y no llores!
Quiso en el mundo la contraria suerte
convertir en abrojos nuestras flores;
pero algo hay más allá, aun he de verte,
y no habrá quien me robe tus amores
cuando nos una el lazo de la muerte.

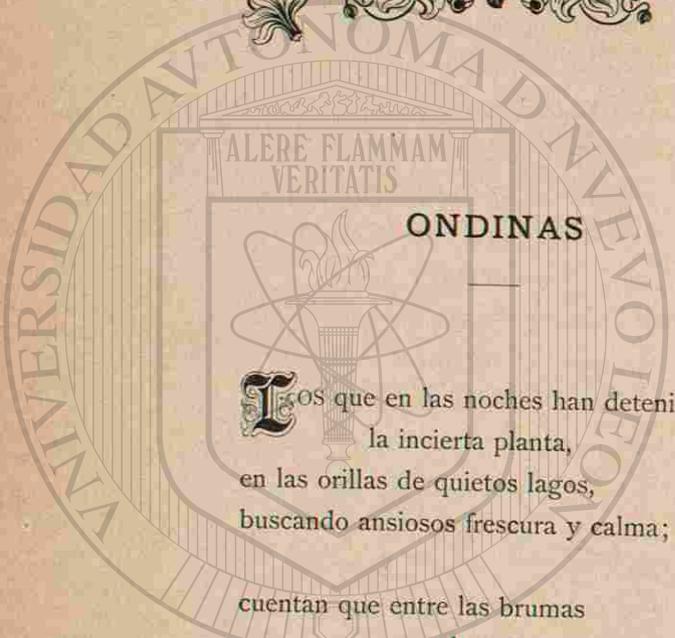
III

¡Lejos los dos!... Á nuestra angustia en vano
buscamos afanosos un consuelo;

está frío el ambiente, negro el cielo,
desnudo el monte y sin verdor el llano.

Perdida y sola en el confin lejano
del siniestro horizonte, en rauda vuelo
se aleja la esperanza; ¡sólo el duelo
nos tiende amigo su crispada mano!

¡Ilusiones de ayer, id donde os llama
el que cruza feliz y sin enojos
la senda del que espera, y goza y ama;
que ella y yo, que vivimos entre abrojos,
sólo anhelamos que termine el drama,
y en el sepulcro unir nuestros despojos!



LOS que en las noches han detenido
la incierta planta,
en las orillas de quietos lagos,
buscando ansiosos frescura y calma;
cuentan que entre las brumas
que se levantan
de las linfas inmóviles, han visto absortos
girar en anchos círculos, mujeres blancas,
que enlazadas las manos y al cielo vueltas
las frentes pálidas,
desaparecen sólo cuando acaricia
con su beso á las ondas la luz del alba.

No son delirios vanos de los viajeros
esos fantasmas
que habitan en los lagos, y por las noches
al impulso del viento girando pasan.

Son de mujeres muertas sin ilusiones
las tristes almas;
espíritus de aquellas que amaron mucho
sin ser amadas,
y que desde otros mundos á llorar vienen
sobre las mustias flores de su esperanza.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





ÚLTIMAS HOJAS

OPACO el cielo, nebulosa y triste
y llena de dolor el alma mía,
y en torno nuestro y por doquier cayendo
las hojas amarillas!...

¡Qué tarde para mí tan venturosa
aquella tarde sin color ni brisas,
en que pude decirte en voz muy baja
mis desventuras íntimas.

Nuestras almas, uniéndose en el beso
que se dan al mirarse las pupilas,
buscaron, alejándose del mundo,
en un mundo mejor, eterna dicha.

Eran dos aves sin amor ni halagos,
eran dos golondrinas
que en pos de un cielo azul y un sol hermoso
juntas cantando huyeron fugitivas.

¿Qué te dije? no sé, pero mi labio
debió hablarte de amores y de cuitas,
de cansancio, de angustias y abandono
y de ilusiones idas!...

Tampoco sé lo que dijiste entonces;
vi en tu labio vagar triste sonrisa,
y se inclinó sobre tu blanco seno
tu cabeza doliente y pensativa...

Llena de laxitud, errante vagas
por las áridas sendas de la vida,
y como yo, brumosos horizontes
en lontananza miras.

Peró ya no estás sola, ya lo sabes,
hay otro que suspira,
hay otro como tú que, sin ventura,
llegar al fin de la jornada ansia.

Sigamos juntos, ven, dame la mano,
mi hermosa peregrina,
mi hermana en el dolor y el sufrimiento,
mi soñadora amiga.

Sigamos en silencio el fatigoso
rumbo que al dulce reposar nos guía:
nos falta poco, ¿ves? ¡nuestro sendero
alfombran ya las hojas amarillas!



¡HASTA ENTONCES!

¿AMARNOS?... ¡Sí! mas sin decirlo nunca,
velando la mirada que provoca,
ahogando la voz trémula que trunca
la presión de una boca en otra boca.

Sin que el labio sonría,
Sin que lleno de amor y de alegría
te mire acariciar con embeleso,
la blanca flor en la que el alma mía
dejarte supe entre la miel de un beso.

¡Huye de mí... la suerte lo ha querido:
quedan de mis ensueños de esperanza,
en tierra un árbol, destrozado un nido,
y un ave que se pierde en lontananza!
Imposible es la lucha,

el sol se puso ya, la niebla es mucha,
el paso cierran ásperos breñales,
y larga y melancólica se escucha
la queja de las brisas otoñales.

En vano el bien por conservar se afana,
resistiendo al dolor, el pecho mío:
¡mi alegre juventud, ayer lozana,
se está muriendo de tristeza y frío.

Sin calma y sin amores,
sólo alivio hallarán nuestros dolores
cuando de un nuevo sol al tibio rayo,
adorne nuestra tumba con sus flores
benigno el ángel del risueño mayo.



Á TI

CONSUÉLATE, no llores y deja que tu barca
entregue su velamen al soplo de mi amor:
desprecia la calumnia: ¡hasta en la turbia charca
se copia siempre puro y sin mancilla el sol!

¡Oh pobre alma ofendida! tu esfera es otra esfera
en que á las flores nunca deshoja el huracán,
en que hay un soplo eterno de eterna primavera,
en la que no se arrastra la víbora del mal.

Lucero de pureza, no temas que el ocaso
opaque con sus nieblas tu límpido fulgor;
¡oh virgen pura, el cieno que encuentres á tu paso
podrá manchar tu planta, pero tu frente no!

el sol se puso ya, la niebla es mucha,
el paso cierran ásperos breñales,
y larga y melancólica se escucha
la queja de las brisas otoñales.

En vano el bien por conservar se afana,
resistiendo al dolor, el pecho mío:
¡mi alegre juventud, ayer lozana,
se está muriendo de tristeza y frío!

Sin calma y sin amores,
sólo alivio hallarán nuestros dolores
cuando de un nuevo sol al tibio rayo,
adorne nuestra tumba con sus flores
benigno el ángel del risueño mayo.



Á TI

CONSUÉLATE, no llores y deja que tu barca
entregue su velamen al soplo de mi amor:
desprecia la calumnia: ¡hasta en la turbia charca
se copia siempre puro y sin mancilla el sol!

¡Oh pobre alma ofendida! tu esfera es otra esfera
en que á las flores nunca deshoja el huracán,
en que hay un soplo eterno de eterna primavera,
en la que no se arrastra la víbora del mal.

Lucero de pureza, no temas que el ocaso
opaque con sus nieblas tu límpido fulgor;
¡oh virgen pura, el cieno que encuentres á tu paso
podrá manchar tu planta, pero tu frente no!

¡Quién sabe qué pesares el porvenir incierto,
para aquejar tu espíritu, traidor esconderá,
palmera á quien combaten turbiones del desierto
porque á tu sombra quise tranquilo reposar!

Mas nada importa, yergue la frente pensadora
y fija tus pupilas en el espacio azul:

¡el Cristo es tan augusto, porque clemencia implora
para la humana gente, clavado en una cruz!



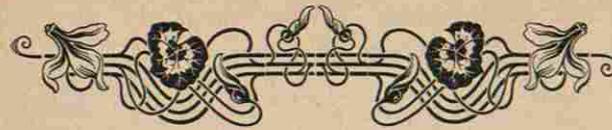
EN EL ÁLBUM DE UNA NIÑA

TIENE dulces halagos, vaga armonía,
el canto de las aves al nuevo día;
pero tiene tu acento dulce y sonoro
el arrullo de besos de los que se aman,
el rumor de las perlas que se derraman
en cofre de oro.

Luce el sol cuando asoma tras la montaña
fulgor que nada extingue, que nada empaña;
pero es tan puro el brillo de esas guedejas
que coronan tu frente de seis abriles,
que al verlas se me antojan hilos sutiles
de miel de abejas.

Tiene de la espadaña que comba el viento
airosas esbelteces el movimiento;
mas tú tienes en cambio, cuando caminas
y tu infantil cintura rítmica mueves,
la ondulación graciosa, las curvas leves
de las ondinas.

Hada de estos lugares que sólo pides
á los campos sus rosas y «no me olvides»,
pura como la nieve que hay en la cumbre,
tú serás en el mundo la flor más bella,
y en el cielo más tarde serás estrella
que eterna alumbre.



Para el álbum de la

SRTA. SARA CHAVERO

POESÍA EN PROSA

OH virgen de talle esbelto como las cañas de
Oriente! ¿Por qué abandonaste tu regio palacio,
tu hermosa mansión? Dime, acaso la bella durmiente,
la que estaba en su lecho de oro, de azul esmaltado,
sobre almohadas de plumas de cisne y el cuerpo cu-
bierto de rico tisú... ¿no eres tú?

¿Qué has venido á buscar á estos sitios que ha-
bitan los tristes? ¡Oh virgen del talle esbelto como
el oriental bambú! Aquí es pobre la armonía; ¿qué

valen para cantarte, la flauta campestre, la guzla morisca, ni el noble laúd?

Sube á tu carro de nácar que arrastran garzas reales, y vuelve á tu regia y hermosa mansión; allí tienes cantos de ondinas y de hadas; allí, bajo cielos de azules zafiros, se aglomeran formando montañas la verde esmeralda, el ópalo iris y el rojo rubí...

Huye de aquí.

Vuelve al país de los mágicos sueños, y allí, reclinada en tu lecho de oro y azules esmaltes, duerme en tanto que en torno de tí los negros esclavos inflaman esencias, y derraman las blancas esclavas violetas de Parma y lirios de Sion, mientras tímido el hijo de un rey, á tu lado se postra de hinojos y besa tus pies.



ÁNGELUS

TODO era en torno majestad y encanto;
sólo y confuso y místico se oía
ese vago rumor que es como un canto
que entona el mundo al expirar el día.
Y entonces, hacia el sol que en occidente
su luz velaba entre celajes rojos,
ella volvió la pensativa frente,
y en mí clavando su mirada ardiente,
«Te amo mucho» —me dijo con los ojos.

Moduló entre las ramas su querella
la brisa errante al levantar el vuelo,
y blanca flor, la vespertina estrella

abrió su broche en el azul del cielo;
y en tanto que entonaba el campesino
el *Angelus* con voz solemne y grave,
desde el follaje tétrico de un pino
sus dulces notas de aflautado trino
lanzó á los vientos escondida el ave.

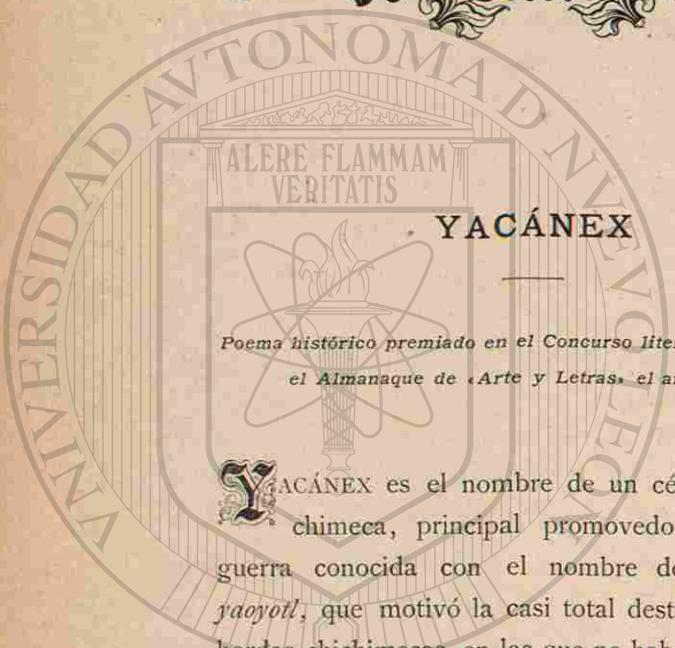
Ella sonrió con lánguida tristeza,
y yo, presa á la vez de audacia y miedo,
incliné sobre su hombro mi cabeza,
besé sus manos y le hablé muy quedo.
Le conté mis afanes y mis cuitas;
cómo á veces mi espíritu cobarde
sollozaba ante dudas infinitas,
y le hablé de unas blancas margaritas
que ella, al decirme adiós, me dió una tarde

Le referí mis luchas por la gloria:
un amor de mi infancia, y el profundo
dolor de cierta desdichada historia
que duró para mí sólo un segundo.
Le hablé del porvenir de la esperanza,
del bien presente y del dolor perdido,
del placer que una vez sólo se alcanza,
de una azul y risueña lontananza,
de dos aves, de un árbol y de un nido.

Cuando callé, brillando dolorosa
una lágrima estaba en su mejilla,
como en el terso cáliz de una rosa
el llanto puro de la aurora brilla;
quedó inmóvil y muda, como debe
quedar en roca aislada el marinero
que ve el bajel desaparecer en breve;
hasta que al fin, con voz remisa y leve,
dijo, la diestra alzando: «¡Allí te espero!»

¡Presentimiento cruel! ¡Atroz suplicio!
Su virgen alma, al porvenir abierta,
me vió de la existencia entre el bullicio
olvidando su amor, y se vió muerta!...
¡Y la olvidé, y murió!... Hoy, cuando el ave
canta al ponerse el sol, con paso tardo
recorro aquellos sitios, y entre el grave
Angelus del pastor, oigo su suave
acento murmurar: «Ven, que te aguardo».

1893.



YACÁNEX

Poema histórico premiado en el Concurso literario abierto para el Almanaque de «Arte y Letras» el año de 1894

YACÁNEX es el nombre de un célebre jefe chichimeca, principal promovedor de la gran guerra conocida con el nombre de *Chichimeca-yaoyotl*, que motivó la casi total destrucción de las hordas chichimecas, en las que no había logrado aún penetrar el elemento civilizador tolteca.

Xolotl en 1117, según Veytia, vino al frente de los bárbaros, que invadieron el Anáhuac después de la destrucción de Tula.

Quedaban aún toltecas en Colhuacán, Chapultepec, Quauhtitenco y otros lugares, y reconocieron, tácitamente al menos, el Señorío de Xolotl, quien procuró mezclar su gente con la tolteca. Civilizáronse

con esta unión, en el transcurso de algunos años, la mayor parte de los bárbaros; pero otros conservaron sus antiguas costumbres viviendo en los bosques y en las grutas. Jefe de una de esas tribus salvajes fué YACÁNEX.

El episodio que sirve de argumento á este poema, lo refiere el Sr. Orozco y Berra, en el tomo 3.º, páginas 105 y 106 de su notable obra *Historia Antigua y de la Conquista de México*; y hablan igualmente de él Ixtlilxochitl (Sumaria relación, MS.), Torquemada y otros.

Bien hubiera querido dar mayor amplitud á mi ensayo y escribirlo con gran acopio de detalles; pero las condiciones del certamen á que concurro, que previenen que el que aspire al premio que se designa al asunto histórico, debe desarrollarlo en menos de quinientos versos, me obligaron á concretar la idea y á dibujar el cuadro á grandes rasgos. Sirva esta última explicación de disculpa á la deficiencia de que adolece el poema, tanto en la parte histórica cuanto en la literaria.

Por lo demás, he escogido un episodio de nuestra historia antigua, porque creo que en ella pueden encontrar: el público, más novedad y colorido patrio; y el poeta, más amplios horizontes y asuntos menos explotados.

YACÁNEX

(Tradición chichimeca)

A JESÚS CONTRERAS, Artista

Homenaje de cariño y admiración

I

SECA el cierzo al *yolozóchtli* (1)
que mustio rueda entre el polvo!
¡Ya nunca, en su cáliz, podrá el *huitzitzilin* (2)
libar de sus mieles las gotas de oro!

—
Ya no canta el *cuítlacóchi* (3);
¡fuego del cielo hendió el tronco
del árbol, que un tiempo prestó entre sus ramas
al nido del pájaro abrigo y apoyo!

—
Cuando sobre el suelo arroje
el sol, sus rayos á plomo,
¿en dónde el viajero verá una palmera
que al dar sombra, agite penachos sonoros?

- (1) *Yolozóchtli*: flor del corazón.
(2) *Huitzitzilin*: colibrí.
(3) *Cuítlacóchi*: cantor de noche.

¡Adiós, amor! ¡Adiós, calma!
¡Adiós, días venturosos!
¡El árbol no existe! ¡El ave ha partido!
¡Rodó el *yolozóchtli* marchito entre el polvo!

II

Invisibles espíritus del aire
que lleváis silenciosos,
juramentos de amor, ayes y risas,
de un polo al otro polo;

—
vírgenes que flotáis, del sol poniente
entre el dorado polvo,
y que almas que se adoran desde lejos
unís con hilos de oro;

—
cadencias vagas de nocturna brisa
que en ritmo misterioso
moduláis al oído del que sufre
canciones de sus tiempos venturosos;

—
llevad el dulce canto,
el gemido fugaz y doloroso
de Atotóztin, la virgen de Colhuacán,
Princesa amada por los cúlhuas todos.

La que suspira ausente
de su amado y señor, el bravo y hosco
caudillo de las tribus chichimecas,
que viven de los bosques en el fondo!

¿Oís?... rumor insólito
se escucha en la espesura,
como de bravas breñas, que rompe con su dura
piel escamosa y álgida
rastrándose el reptil.
¿Por qué con giros rápidos
las ramas se doblegan,
como en las noches largas, cuando con vientos bregan
y al fin á tierra vienen, tronchadas de raíz?

¿Quién va?... Quizás los pálidos
fantasmas de los muertos
montados en los aires, recorren los desiertos
campos, y en un frenético
galope loco van!

¡Acaso cruel y sordido,
tras la anhelada presa,

el *mixtli* (1), al trote largo, las selvas atraviesa,
tronchando las crujientes espigas al pasar!

¡No! ¡Contemplad! Atlético,
soberbio y arrogante,
en los robustos hombros, la piel ancha y flotante
del *océlotl* (2) que rígido
ante sus pies tendió:
Sobre la frente olímpica
cortado el negro pelo,
y por la espalda, largo, flotante como el velo
que mece en las alturas el soplo del turbión;

Ceñida la alegórica
guirnalda de laureles;
cubiertas con el *cáctli* (3), de mal curtidas pieles,
las plantas que la rápida
carrera no cansó;
En pos de un bien, del único
que su arrogancia doma,

YACÁNEX cruza el llano y trepa la alta loma,
para caer de hinojos, humilde, ante su amor.

(1) *Mixtli*: *león*.

(2) *Océlotl*: *tigre*.

(3) *Cáctli*: *sandalia*.

IV

Vierte *Metzli* (1) su rayo melancólico,
que al bajar de la altura,
resbala por el monte, llega al valle,
y se enreda al juncal de la laguna.

Gime la brisa que al pasar halaga
del ahuehuete la corteza dura,
y susurran las palmas que doblegan
de sus penachos las esbeltas puntas.

Entonan desde el alto *tepehuácim*
los *cuitlaccóchis* su canción nocturna;
y, astro de armiño en las tinieblas, rompe
su broche blanco la gardenia pura...

¿Qué quieren esas formas que divagan
al rayo de la luna?

Aquella fuerte, majestuosa y negra,
ésta blanca y gentil... las dos confusas.

¿Por qué buscan las sombras de los árboles,
y en la sombra se ocultan?

(1) *Metzli*: la luna.

¿Por qué el céfiro leve no arrebató
lo que sus labios trémulos murmuran?

¡Callad!... la blanca forma
vacilante se aleja... ¿quién aúlla
como hambriento chacal?... ¡Qué pavoroso
el alarido aquel suena y retumba!

Se estremecen los vientos;
queda el pájaro en muda;
¡deben de horror haberse sacudido
los huesos en las tumbas!

¡Sólo *Méztli* su rayo melancólico
vierte desde la altura,
resbala por el monte, cruza el llano
y se enreda al juncal de la laguna!

V

¿Qué le ha dicho *Atotóztzin* á *YACÁNEX*
que así ciego se lanza
al través de los campos, como búfalo
que huye llevando el dardo en las entrañas?

¡Ay! ¡Cuando lleno de ventura el indio

cayó de la doncella ante las plantas,
no escuchó, como en tiempos más felices
en ritmo mundanal, frases de un alma!

—
No llegó cadenciosa hasta su oído
la amorosa palabra
que en otras ocasiones calmó el impetu
de sus salvajes ansias.

—
Oyó, no más, la queja de un espíritu
á quien la paz arrancan;
el ¡ay! de aquel que de esperanzas vive
y al que dicen ¡adiós! las esperanzas.

— «Ya no podremos vernos:
Achitómetl, mi padre, en hora infausta,
á Huétzin, el señor de Tepetláoztoc,
ofreció por esposa á la que te ama.

—
»Ya no podremos vernos;
ya el viento gemidor de tu montaña
no llevará á los ecos los suspiros
que con el viento gemidor te enviaba.»

—
Así le dijo al jefe chichimeca
la virgen de Colhuacán;

y se alejó del lado del caudillo,
que la mira partir... y tiembla... y calla!

—
Después... como chacal hambriento, aúlla,
y el lúgubre alarido de su rabia
sacude en los sepulcros los despojos
y hace callar al pájaro en la rama.

—
Sus músculos se encogen, cual si fueran
de tigre que, al huir, la flecha alcanza;
y como tigre herido, al espolazo
tremendo del dolor, bramando salta.

—
Y ciego, y loco, y adelante siempre,
cruza los bosques, los barrancos salva,
deja tiras de piel entre las breñas
y al fin logra trepar á su montaña.

VI

Lleva juntas las manos á sus labios,
y á un prolongado silbo
que en los huecos repite agudo el eco,
se despiertan los indios

que dejan sus guaridas

cual reptiles, á rastras, y al caudillo
que los convoca así, mudos rodean,
resueltos, arrogantes y tranquilos.

—
Manda YACÁNEX encender el fuego,
y en el fondo amarillo
de la voraz hoguera se dibujan
robustos cuerpos de ademán altivo.

—
Gran rato silencioso,
cejijunto, sombrío,
YACÁNEX permanece. ¡Leve el viento
modula entre las peñas un suspiro!

—
Suspiro ronco, interminable, lúgubre,
al que se une el crujido
de los verdes bejucos, que, al quemarse,
crepitan en la hoguera retorcidos.

—
La llama, al oscilar, pinta los cuerpos
con matices rojizos,
para dejarlos luego, al inclinarse
del otro lado, en la tiniebla hundidos.

—
Yergue, al cabo, YACÁNEX la cabeza,
abre las fauces lívido,

y del negro agujero de su boca
zumbando sale su guerrero grito.

VII

—«¡Venganza, chichimecas! los señores
de las bajas ciudades
á nuestro rostro escupen con desprecio,
y nos retan sin tregua sus ultrajes.

—
¡Basta! que pronto el caracol marino
atruene ronco el aire,
y que vayan silbando nuestras flechas
veloces en sus pechos á clavarse.

—
»Yo os llevaré á la lid; veréis sus dardos
chocar con mi pellejo y embotarse;
¡que nunca hirieron las contrarias armas
el cuerpo de YACÁNEX!

—
»¡Venganza, chichimecas! invoquemos
al dios de nuestros lares;
Él hará más flexibles nuestros arcos
y más dura la piel de los *chimállis* (1).

(1) *Chimállis: escudo.*

» Poned sobre el altar nervios y arpones,
y amarillos y negros pedernales,
y las tostadas varas y las plumas
que han de formar los dardos de combate,

« ¡y á la pelea! que la triste virgen,
la que enfría los huesos implacable,
destruce al enemigo, cual destroza
viento airado, en las noches, los maizales! »

VIII

¡Qué triste está el caudillo chichimeca!
¡Qué triste el eco que el silencio rompe!
¡Cómo del negro cielo triste Metztli,
por la combada superficie corre!

¿Qué se hicieron los días
de esperanza y de amores?

¿Qué fueron de los sueños que en sus mantos
azules, cobijaron otras noches?

Todo cayó en la sima
de un espantoso abismo; desprendióse
el rayo de los cielos y huyó el ave,
y rodó destrozado el yolozóchitl!

¡Venganza!... Cuando alegre
el nuevo sol despunte tras los montes,
es preciso que en sangre se refleje
y rojos ríos con su polvo dore.

Es preciso que en brazos
del salvaje YACÁNEX, blanco flote
como la bruma entre los negros pinos,
el cándido *huipilli* (1) de Atotótzin.

¡Qué triste está el caudillo chichimeca!
¡Cómo vaga sin rumbo por el bosque,
mientras del negro cielo, lenta Metztli,
por la combada superficie corre!

IX

Atotótzin, en tanto,
llena de malestar, confusa y triste,
del señorial alcázar de Achitómetl
vaga por los jardines.

(1) *Huipilli: camisa larga y sin mangas.*

Bien conoce á YACÁNEX, y bien sabe
que no ignora su padre, que terrible
será el furor del indomable bárbaro
que la ama y la persigue.

Mudo, medroso, un niño á quien apenas
con sus brisas besaron quince abriles,
perdido entre las sombras,
los tardos pasos de Atotótzin sigue.

Lo delata el crujir de la hoja seca;
vuelve ella el rostro en que el dolor imprime
su huella, como imprimen en los lagos
nubes de tempestad, negros matices.

—¿Qué buscas? le pregunta, y él, confuso,
— Sé que sufres, le dice,
y para ver qué causa tu tormento
y ver si puedo consolarte, vine.

— No lo conseguirás.

—¿Por qué?

—¿Me quieres?

—¿No te acuerdas de mí? soy al que diste,
cuando huérfano y solo se encontraba,
en tu palacio abrigo. ¡Manda! Exige

mi vida, si mi vida te hace falta.
— No; aproxímate; escucha, y facilite
tu gratitud, á mi dolor alivio
y á mi espíritu paz. Vé donde vive

YACÁNEX, el señor de la montaña,
el bravo jefe de las tribus libres;
el único que pudo, al dominarme,
dominar el orgullo de mi estirpe.

Y dile que lo adoro, que su grito
formidable escuché; que sé que pide
una ocasión á la mudable suerte
para que en sangre su macana entinte.

Refiérole mi pena, mi agonía,
cuéntale que el dolor tenaz me oprime
porque presiento que á morir va en breve...
¡Eso á toda hora el corazón me dice!

¡Júrale que le juro, que á ser de otro
antes pereceré!... ¡parte! ¡Que pinte
tu cariño mi angustia!... ¡Dile mucho!
¡Lo que comprendes sin oirlo... dile!

X

Y volvió el indizuelo.
 Veloz como los gamos,
 recorrió las praderas y los bosques,
 baja la frente y sostenido el paso.

— Llegó junto á Atotóztin; se detuvo;
 hasta el suelo bajó rígido el brazo,
 y así le dijo con acento dulce
 que suspiró al pasar entre sus labios.

— «Vi á YACÁNEX, señora; mas he visto
 á YACÁNEX en vano;
 oyó mi relación severo y grave
 y así me habló después, torvo y airado:

— No moriré; mas si en la lid perezco,
 ¡nada importa! Luchando
 muere el océlotl en la selva espesa
 por defender su gruta; van mis dardos
 á defender mi amor: ¡piensa si puedo
 dejar la cuerda reposar en mi arco!
 Y esto al decirme, del carcax, señora,
 sacó una flecha, y rápido

apuntando á la altura, hirió en su vuelo
 á un ave que vagaba en el espacio.

— Y señalando á Tonatiúh (1), que alegre
 se alzaba ya sobre los montes altos;
 — Vete — agregó — y avisa á tus señores
 que voy tras de tus pasos!

— ¿Y no te dijo más?

— Nada; tan sólo
 vi resbalar sobre su rostro pálido
 una lágrima enorme, que violento
 enjugó con el dorso de la mano.

XI

La aurora con sus dedos
 húmedos y rosados,
 va cogiendo los últimos crespones
 que en los hondos barrancos,
 las siniestras deidades de la sombra,
 al escapar ante la luz, dejaron.

(1) Tonatiúh: el sol.

X

Y volvió el indizuelo.
 Veloz como los gamos,
 recorrió las praderas y los bosques,
 baja la frente y sostenido el paso.

— Llegó junto á Atotóztin; se detuvo;
 hasta el suelo bajó rígido el brazo,
 y así le dijo con acento dulce
 que suspiró al pasar entre sus labios.

— «Vi á YACÁNEX, señora; mas he visto
 á YACÁNEX en vano;
 oyó mi relación severo y grave
 y así me habló después, torvo y airado:

— No moriré; mas si en la lid perezco,
 ¡nada importa! Luchando
 muere el océlotl en la selva espesa
 por defender su gruta; van mis dardos
 á defender mi amor: ¡piensa si puedo
 dejar la cuerda reposar en mi arco!
 Y esto al decirme, del carcax, señora,
 sacó una flecha, y rápido

apuntando á la altura, hirió en su vuelo
 á un ave que vagaba en el espacio.

— Y señalando á Tonatiúh (1), que alegre
 se alzaba ya sobre los montes altos;
 — Vete — agregó — y avisa á tus señores
 que voy tras de tus pasos!

— ¿Y no te dijo más?

— Nada; tan sólo
 vi resbalar sobre su rostro pálido
 una lágrima enorme, que violento
 enjugó con el dorso de la mano.

XI

La aurora con sus dedos
 húmedos y rosados,
 va cogiendo los últimos crespones
 que en los hondos barrancos,
 las siniestras deidades de la sombra,
 al escapar ante la luz, dejaron.

(1) Tonatiúh: el sol.

Al viento da su grito
melancólico y claro,
el caracol sonoro; y en los montes
y en el tranquilo llano
y en la verde cañada, repercute
la bronca nota del guerrero canto.

Uno por uno dejan
con silencioso paso,
los indios su guarida, y con los rostros
sinistros y tatuados,
agitando en la diestra el arco combo,
se acercan a su jefe. — Ya el penacho

de plumaje sombrío
al águila arrancado,
en la guirnalda de saúz ondea
al matinal halago,
sobre la adusta frente de YACÁNEX,
que altivo cruza los nervudos brazos.

También rojos, azules,
verdes y negros rasgos,
surcan la torva faz del chichimeca,
como en cielo nublado

se ven surcar, en tempestuosa tarde,
lívidos los colores del relámpago.

Vuelve en torno los ojos,
y sin abrir los labios,
señalando iracundo el horizonte
entre brumas velado,
apresta la macana, el dardo agita,
y al frente marcha de sus indios bravos.

XII

Bajaron de los cerros,
como torrentes desbordados bajan,
las chichimecas hordas
en busca de venganza.

No era el amor burlado
no más el que las guiaba,
era el último esfuerzo, el rudo empuje
de moribundas tradiciones bárbaras.

Era que los soberbios vencedores,
bajo su fuerte planta,
sentían sacudirse poderosas
tierras por ellos antes conquistadas.

Y las viejas costumbres
y el salvajismo primordial, luchaban
por vencer a la gente que traía
al árbol carcomido nueva savia.

Faz a faz se encontraron;
su luz reflejó el sol en las macanas,
y en alto los chimallis defendieron
las frentes embijadas.

La horrible gritería
voló del viento en las robustas alas,
y retumbó en las cuevas de los tigres,
y despertó en sus nidos a las águilas.

Todo fué horror y espanto;
las muecas en las caras
eran más expresión de la agonía
que gesto de amenaza.

Allí estaba YACÁNEX el primero,
eran para él las flechas que arrojaban
las enemigas huestes, digno solio
para el trono de muertos que escalaba.

¡Qué lucha tan terrible!

Sin tregua batallaban
por el pasado y el futuro á un tiempo,
raza vencida y vencedora raza.

Y era el amor de un hombre,
el que ciego impulsaba
una contra otra, como ciego impulsa
el mar sus ondas cuando el noto brama!...

XIII

¡Y huyeron los soldados de YACÁNEX!...
En confuso alboroto,
á sus abruptos montes escaparon
buscando abrigo en ellos...

cuando rojo
cayó el sol tras los cerros
como chimalli ensangrentado y roto,
besó por la vez última á los bravos
muertos, con beso largo y melancólico!

¡Murió también YACÁNEX? ¡Nada importa!
Allí murió su amor, y duro y torvo
allí el destino, con su amor, á un tiempo
mató sus sueños todos.

Allí los fuertes indios chichimecas
que no quisieron con la sangre de otros
mezclar su sangre en vida, la mezclaron
en el abrazo del eterno. Todo!

Ya nunca, desde entonces,
en las noches sin luna, largo y ronco
repercutió en las rocas el sonido
de su guerrero caracol sonoro.

Ya nunca el teponaxtli (1)
de notas huecas y compás monótono,
fué con sus ecos, en el antro obscuro
á turbar de las fieras el reposo.

¡Quién sabe si las brisas, cuando hicieron
pasto de tanto cuerpo generoso,
llevaron á Atotóztin en sus alas
átomos de YACÁNEX!

Tal vez sólo
de su perdido amor y su alegría,
de sus horas de ensueño y abandono,

(1) Teponaxtli: *tambor de madera.*

el recuerdo le queda, ¡flor muy blanca
que el destino fatal tiñó de rojo!

¡Adiós calma, adiós amores!
¡Adiós días venturosos!
¡El árbol no existe; el ave ha partido;
rodó el yolozóchitl marchito entre el polvo!

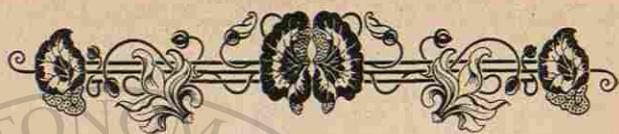
México, Septiembre de 1894.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





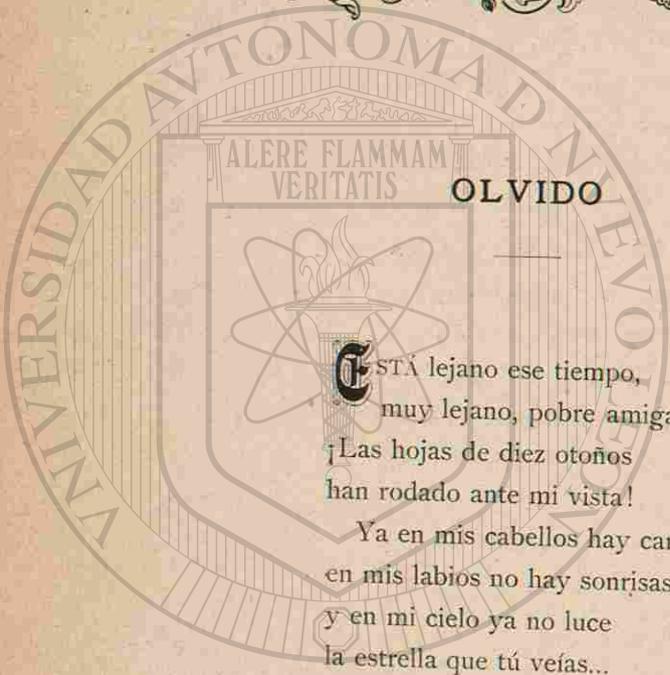
NO VOLVIÓ

MORISTE cuando morían
las flores en mi pradera;
y gimieron vientos fríos,
y rodaron hojas secas
á lo largo del sendero
que conduce á nuestra aldea.

De aquel invierno pasaron
las mortales horas lentas,
y meció la leve brisa
en verde rama hojas nuevas.
Se abrieron lozanas flores
en mi risueña pradera,
y á lo largo del sendero

que conduce á nuestra aldea,
al hálito fecundante
de mayo, creció la hierba.

¡Ay! tan sólo al alma mía
no volvió la primavera,
porque tú no renaciste,
porque allá bajo la tierra,
en un rincón que adornaban
margaritas y violetas,
yacías trocada en polvo,
sin colores, sin esencia,
¡rosa de mis esperanzas,
lirio de mis dichas muertas!



ESTA lejano ese tiempo,
muy lejano, pobre amiga!...
¡Las hojas de diez otoños
han rodado ante mi vista!
Ya en mis cabellos hay canas
en mis labios no hay sonrisas,
y en mi cielo ya no luce
la estrella que tú veías...

Fué en una noche como esta,
llena de encantos, tranquila,
sin una bruma aquí abajo
y sin una nube arriba;
de esas que parecen hechas
para que vibren las liras

que acompañan las amantes,
dulces canciones noctívagas.

En el salón, el tumulto,
la luz y las armonías;
en el jardín donde estábamos,
rumor de hojas que caían.

En aquel banco de piedra
te sentaste pensativa,
y no sé lo que te dijo
mi voz temblorosa y tímida.

Sí sé que en mis negros ojos
clavaste tu azul pupila,
y que tus manos se unieron
temblando á las manos mías!

Y entonces soñé en un mundo
de bienestar y de dicha,
en que entre flores corrieran
como fuentes nuestras vidas;
y me olvidé de las ansias
y entusiasmos que sentía

por alcanzar una gloria
que, como humana, es efímera!

Y fué, mientras yo te hablaba,
tu cabeza, antes esquiva,
lentamente recostándose
sobre mi seno, ¡alma mía!

Sin saber, como no sabe
la flor que al río se inclina,
que al beso de la onda pérfida
los pétalos se marchitan!...

Marinero en unos mares
de tempestades continuas,
pronto tuve que estar listo
para combatir sus iras.

Crujió en el mástil la vela,
irguió la nave la quilla,
y en breve se confundieron
la tierra, el mar y mi dicha.

Empezaron los combates,
la dura lid sostenida,
tras el reposo del triunfo
largas noches de vigilia;
y así pasaron las horas,

y así pasaron los días,
¡y así huyeron los recuerdos
de mi fugaz alegría!

Me olvidé hasta de tu nombre,
lirio azul de mis campiñas,
cuando reclamé mi sitio
en el festín de la vida.

Allí compré los amores,
allí amistades fingidas
me brindaron en su copa
el vino de las fatigas.

Allí el hastío implacable
me habló de calmas perdidas,
y de astros que en otros cielos
que ya no veré, cintilan.

Y cansado de la lucha
y con el alma rendida,
de nuevo surqué los mares
en pos de la vieja orilla!...

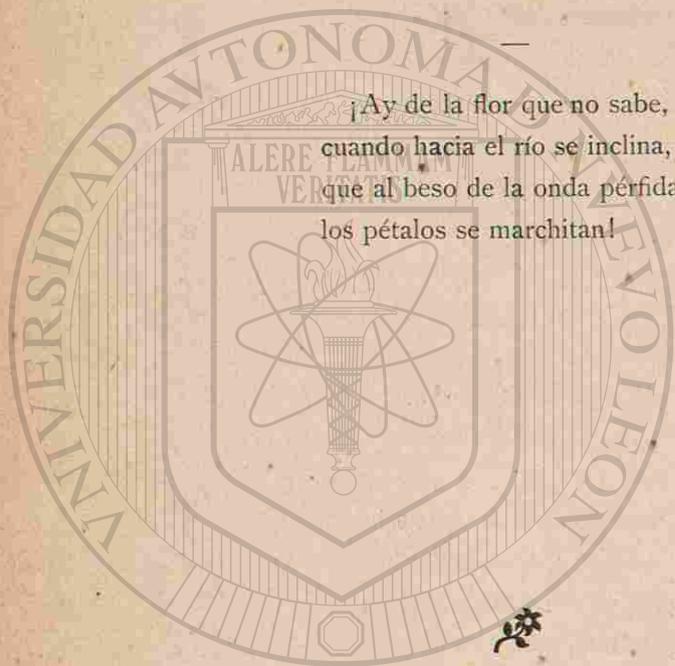
Cuando volví, ya no estabas
en la playa, ¡pobre amiga!
¡Ay! golondrina del cielo,
á él volaste, golondrina!

Yo vago triste y sin rumbo,
sin que mis labios sonrían,
sin que en la altura fulgure
la estrella que tú veías.

Y en vano busco tu fosa,
la busco en vano, alma mía,

¡la cubrieron diez otoños
con sus hojas amarillas!...

¡Ay de la flor que no sabe,
cuando hacia el río se inclina,
que al beso de la onda perfida,
los pétalos se marchitan!



CANCIÓN DE OTROS TIEMPOS

UIBRÓ aquel canto melodioso y suave,
y á mi espíritu triste y abatido,
volvió el recuerdo, como vuelve el ave
cuando florece abril, al viejo nido.

Y vi de nuevo de mi amor la mano,
como en mi alegre ayer de horas serenas,
vagar ligera en el marfil del piano,
como se mira cuando el sol asoma,
en un campo de blancas azucenas
sin rumbo divagar una paloma.

Y otra vez en mi pecho lacerado
sentí que amante el corazón latía;
y abrazadas cruzaron á mi lado
las sombras de Musset y de Lucía...

La brisa al penetrar por mi ventana,
con aquella canción me trajo incierta
cadencia de una voz dulce y lejana,
y á su conjuro, entre marchitas flores,
se irguió el fantasma de mi amada muerta,
besó mis labios, y me habló de amores.

Dejaba un astro ver su luz brillante
entre nubes tristísimas y oscuras,
como si fuera un clavo de diamante
sosteniendo un crespón en las alturas;
y recordé un crepúsculo de mayo,
unas esbeltas y crujientes palmas
que del poniente sol doraba el rayo,
en un tronco una fecha mal escrita,
una queja, dos besos, y dos almas
para el lucero aquel, dándose cita!

¡Pobre ángel puro de mi amor!... Errante
á solas divagó por el sendero
en que adiós nos dijimos, anhelante
esperando la vuelta del viajero.

Después perdió la fe; pálida cera
cubrió el tenue carmín de sus mejillas
y de su lado huyó la primavera...

¡Y llegó la estación de horas amargas;
la estación de las flores amarillas,
del cierzo helado y de las noches largas!

Y al fin sin ilusión, mirando á solas
un cielo que jamás la luz alegre,
un mar ante sus pies, de turbias olas,
y cruzando aquel mar, un ave negra;
sintió el afán, el anhelar profundo
de hallar olvido en el reposo eterno
y de encontrar el bien en otro mundo;
¡ay! y clemente al fin fué su destino,
¡que envuelta entre las brumas de un invierno
pía la muerte á consolarla vino!

¡Oh cantar melancólico! ¡Oh cadencia
que en un tiempo escuché! ¡Doliente nota
que me recuerdas la perdida esencia
de una azucena, por el viento rota!
Vé á vibrar donde yace, donde inclina
un sauce su festón, follaje amigo
ofreciendo á la parda golondrina;
y di á la que me amó, que todo muere,
que yo sucumbiré, que la bendigo,
que no puedo olvidarla, y que me espere.



MES DE FLORES

QUÉ confuso rumor!... ¡Qué dulce canto
el viento lleva cuando vago gira!
¡Cómo sedienta el alma de su encanto
el campo busca y su perfume aspira!
¡Cómo al tenue murmullo
de la brisa que gime en la espesura,
se adormece el espíritu cansado,
y olvida la presente desventura
al recordar contentos del pasado!

Sólo hay en torno bienestar y calma;
susurra el aura su canción de amores;
despliega su dosel crujiente palma,

y su tallo gentil yerguen las flores.
Alzan las fuentes su cadencia suave;
quejándose el arroyo, va escondido,
y en cada rama se contempla un ave,
y en todos los follajes hay un nido!

—
Todo tiende al reposo
y á dulce meditar todo se inclina;
el buey ara la tierra perezoso,
y el mismo labrador, siempre afanoso,
con tardo paso tras el buey camina.

Salta audaz sobre riscos y entre peñas,
bramando aterrador, revuelto río;
á todo su correr cruza entre breñas,
y mientras corre más, más es su brio.
Su ímpetu arrollador aumenta y crece,
falta de pronto á su corriente el cauce,
su mole un punto en el espacio mece,
se precipita al fin en el abismo,
y cuando el fondo toca,
mansa otra vez, el agua se adormece
en su lecho durísimo de roca!

—
Hay nubes de carmín en lontananza;
se funde el hielo en las inhiestas cimas,

y la alegre estación rápida avanza,
¡la estación de los besos y las rimas!

—
¡Qué hermoso es disfrutar de horas tan bellas!
¡qué hermoso es olvidar tiempos insanos,
recorriendo las selvas y los llanos
al tenue resplandor de las estrellas,
con la sonora lira entre las manos!

—
Se riza la llanura en verdes olas;
quema el lucero del pastor su cirio;
se doblegan las rojas amapolas
y su broche de espuma rompe el lirio.
Todo convida á amar, todo está lleno
de calma y bien; no existe la tristeza,
y sentir nos parece en nuestro seno
la mística impresión que siente, cuando
llena de languidez y de pereza,
en él apoyo blando
busca amorosa femenil cabeza!

—
Se piensa entonces en el bien ausente,
si es que ausencias de amor el alma llora;
y es el recuerdo, plácida corriente
que entre juncos desliza blandamente
linfa azul que murmura arrulladora.

Se pronuncian palabras que en un día
no lejano quizás, nuestros oídos
regalaron con mágica armonía,
y entre la bruma leve,
de la luna á los pálidos reflejos,
vemos manos más blancas que la nieve
llamarnos cariñosas desde lejos!
Y si sombría acaso á la memoria,
viene la triste y congojosa historia
de alguien que AL MÁS ALLÁ tendió su vuelo;
si acuden en tropel y dolorosos
recuerdos angustiosos
de un adiós, y una cita para el cielo,
lágrimas abundantes y tranquilas
suben del corazón á las pupilas;
y al ver, envuelta en vaporoso manto,
cruzar ante nosotros la figura
del ser que dicha nos brindó y encanto,
amante nuestro espíritu murmura:
«Pronto te iré á buscar; ¡duerme entretanto!»

—
¡Oh estación de las aves y las flores!
tú das vigor al ánimo abatido,
prestas á la ilusión vivos fulgores,
al árbol savia, al moribundo vida.
Por tí fecunda la simiente brota;

pueblas de insectos mil las soledades,
cada eco de tu brisa es una nota,
y alegres son tus mismas tempestades.
Embriagan y enloquecen los excesos
de la lozana floración que creas;
¡oh madre de las rimas y los besos!
¡oh estación del amor, bendita seas!

San Angel (México), 1893.



TIEMPOS IDOS

SIEMPRE tenaz, después de tantos años,
persiste en mi memoria tu memoria,
y lloro al recordar aquella historia
de amor y de esperanza y desengaños.

Hoy, uno al otro en la existencia extraños,
sin soñar con mentiras de una gloria
como todas fugaz y transitoria,
vamos vistiendo á la verdad de engaños.

Jugamos al amor, lejos estabas
y creímos por eso que, perdidas,
nunca nos dañarían sus aljabas;
y tu alma y mi alma, á su pesar heridas,
tarde supieron que te amé y me amabas,
y que al jugar, jugábamos dos vidas!

Sabes cómo pasó... Quizá en tu mente
evoqué caprichosa mi fortuna,
recuerdos de una noche en que la luna
de tu amor y mi amor, fué confidente...

Al decirnos adiós, dulce y doliente,
como nunca sonó querella alguna,
de las querellas de tus versos, una
te dije en voz muy baja y balbuciente.

Era un ¡ay! de dolor de tu alma triste;
queja de una altivez que el daño doma
y que al golpe del daño se resiste;
y en mi labio aquel ¡ay! fué luz que asoma
tras densa nublazón...! y á mí viniste,
como vuela á su nido la paloma.

Después de aquella noche fué la ausencia,
y ya de ti á distancia, vida mía,
cada risueño sol de un nuevo día
iba de ti alejando mi existencia.

Sin tu dulce afección, sin tu presencia
que le daba vigor y lozanía,
la flor de mi cariño, que se abría,
cerró las hojas y perdió su esencia.

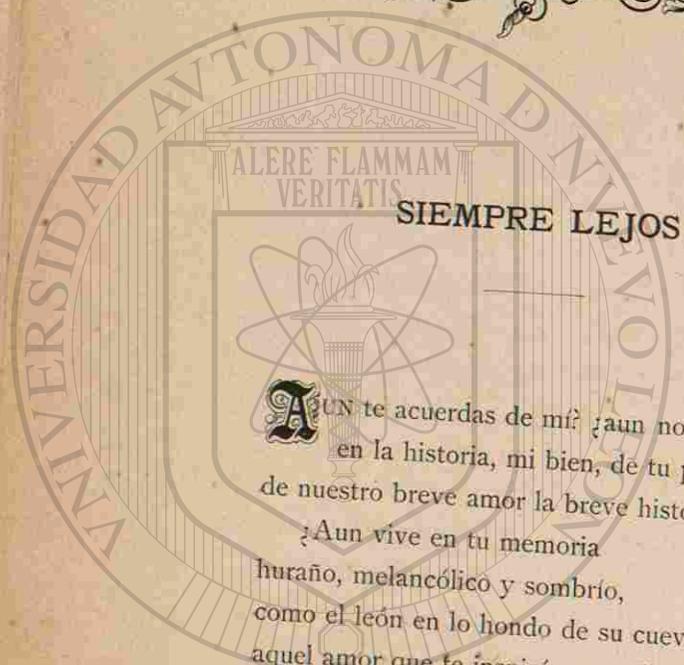
Y fuiste para mí sólo un pasado

visible en una hermosa lontananza
y entre celajes de oro arrebujado;
hasta que muerta al fin toda esperanza,
pensé que eras no más que un bien soñado
que al despertar se aleja, y no se alcanza.

Mas ¡ay! que al despertar, la imagen bella
de aquel sueño de amor que yo creía
delirio de mi loca fantasía,
en mi cielo, fugaz y errante estrella,
dejó en mi corazón perenne huella,
y en donde sombras del pasado había,
por cada triste sol de un nuevo día,
luce un recuerdo de la noche aquella.

Hoy, distantes los dos, y ya perdido
para siempre aquel místico embeleso
que mi espíritu al tuyo trajo unido,
mientras se inclina del dolor al peso
mi alma, que ríe con placer fingido,
cuando puede llorar, te manda un beso.





AUN te acuerdas de mí? ¿aun no has borrado
en la historia, mi bien, de tu pasado
de nuestro breve amor la breve historia?
¿Aun vive en tu memoria
huraño, melancólico y sombrío,
como el león en lo hondo de su cueva,
aquel amor que te inspiré, y que lleva
el mal al que lo siente, por ser mío?

¡Oh, cuánto tiempo, cuánto
ha transcurrido desde entonces! ¡llanto
ardiente y silencioso
en mis noches eternas, sin reposo,
ha surcado mis pálidas mejillas,

y llegar estoy viendo entre dolores
la estación de las flores amarillas
tras la estación de las lozanas flores!

Yo no sé si estás triste... ¡Yo estoy triste!
Mi pensamiento con crespones viste
lo que antes fué su anhelo,
y triste está la tierra y triste el cielo;
y á ti en tal soledad y en tal tristeza
me vuelvo en mi agonía,
soñando con que siento tu cabeza
amante reposar junto á la mía.

Nos vimos en el mundo
un instante no más, sólo un segundo;
pero al decirme adiós, en la tranquila
negra profundidad de tu pupila,
mi alma ansiosa de amor, vió tras la calma
llena de paz de tu mirada aquella,
entre negruras asomarse tu alma,
como asoma entre nubes una estrella.

Desde entonces te amé... ¡quiso la suerte
que no pudiera verte
sino á través de la distancia larga!
¡Qué peregrinación ¡ay! tan amarga

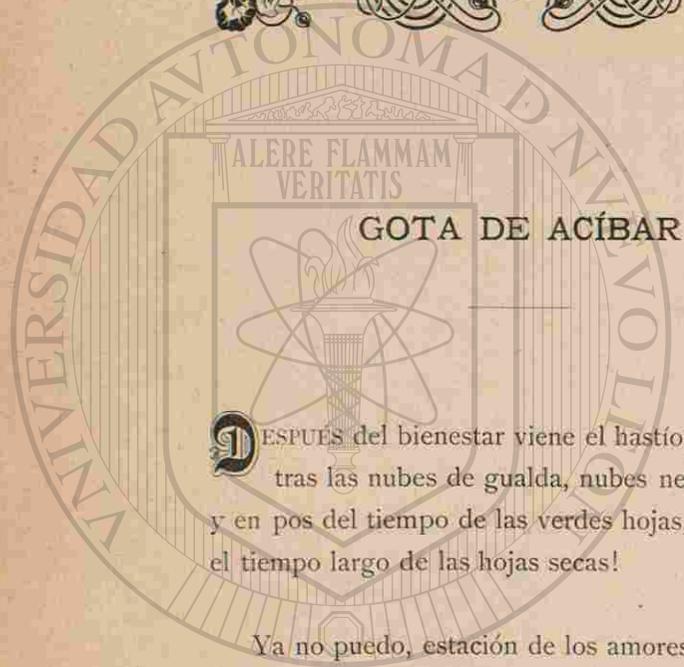
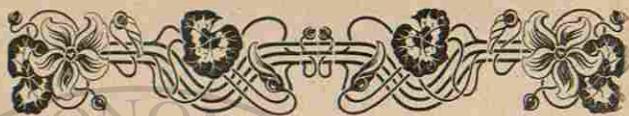
la que hicieron tu espíritu y el mío,
para hallarse, á pesar de la fortuna,
en el pálido rayo de la luna,
los dos temblando de congoja y frío!

Sin embargo, ¡qué hermosas esas citas!
¡qué llenas de infinitas
sensaciones extrañas!... ¡Quién pudiera,
como se ve florear la primavera
tras el invierno mustio y aterido,
ver regresar alegre y en parvadas,
al pobre corazón que fué su nido,
las aves de las dichas olvidadas!...

¡Pero esas nunca vuelven!
como las nubes altas se disuelven
al soplo de una brisa que no halaga,
y el alma sola vaga
entre otras almas solas, que en la tierra,
friolentas, se acurrucan en el quicio
de puertas que impasible el daño cierra,
y que no logra abrir el sacrificio!...

¡Ánimo y á luchar!... ¡corra la vida
como corre escondida
frente que su cristal rompe entre piedras;

abra su eterna flor, como las hiedras
florece entre ruinas, mi seguro
cariño que aun resiste á tanto estrago,
y flote en mi alma, como en roto muro
flota, al soplo del viento, el jaramago!



GOTA DE ACÍBAR

DESPUES del bienestar viene el hastío;
tras las nubes de gualda, nubes negras,
y en pos del tiempo de las verdes hojas,
el tiempo largo de las hojas secas!

Va no puedo, estación de los amores,
cantarte ufano como yo quisiera;
yo sé que sólo existe un esqueleto
en el fondo de todas las bellezas!

¿Quieres un himno?... ¿Para qué...? Más tarde,
cuando al polvo mi ser al cabo vuelva
y una mi polvo al tuyo, cantaremos
estrechamente unidos, Primavera!

Yo pasaré también; y será entonces
de mis canciones, la canción más bella,
la que entone mi cuerpo disgregado
cuando contigo por abril florezca!

Deja entre tanto enmudecer mi lira
y que en las sombras del olvido duerma;
tú tendrás tu canción, pero más tarde;
¡te emplazo para entonces, Primavera!

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





VANO ANHELO

AVE de la ilusión, tu azul plumaje
sólo un punto esmaltó mi niebla oscura;
duraste ante mi vista lo que dura
del crepúsculo el último celaje.

Al ver en mi heredad mustio el ramaje,
sin verdor y sin flores la llanura,
en pos de bienestar y de ventura
cantando alegre proseguiste el viaje.

Cambia tu raudó y caprichoso vuelo;
no alcanzarás la calma que te incita;
es inútil tu afán, vano tu anhelo;

Si en su nido la paz te ha dado cita,
deja la tierra y piérdete en el cielo;
¡que el bien no existe donde el hombre habita!



JUNTO AL LAGO

Voy á plantar mi tienda junto al lago
y á reposar á solas un instante,
antes de que despliegue el manso viento,
de mi barquilla el cándido velamen.

Del camino que alegre he recorrido
tengo sólo recuerdos enervantes,
ilusiones perdidas, flores secas,
desengaños de amor y veleidades.

No sé lo que me espera en la otra orilla;
mas si han de ser mis alegrías de antes,
¡ábrete, lago azul, y que tu seno
le sirva de sepulcro á mi cadáver!



ALERE FLAMMAM
VERITATIS

¡VÉ A UNA MUERTA

No esperaba hace tiempo, me lo dijo
el fuego que brillaba en tu pupila,
semejante á los fuegos que, en las noches,
sobre las tumbas brillan.

El eco de tu voz, cuando me hablabas
de imposibles soñadas alegrías,
con su cadencia fatigada y triste
también me lo decía.

Me lo dijo una vez el desconsuelo,
lleno de abnegación, de tu sonrisa,
cuando amor te juraba, y cariñosa
creer en mi amor y en mi lealtad fingías.

¡Pobre alma noble y resignada, el mundo
cruzaste en vano mendigando dichas,

como en vano en las tardes del invierno
busca un rayo de sol la golondrina!

Fué para ti fugaz la primavera:
¡su última margarita,
no te engañó al decirte deshojada,
que el amor en la tierra era mentira!...

Vé á descansar, materia, en el sepulcro;
ven, espíritu, á mí, ven y adivina
que es mi amor de ultratumba y que por eso
aquí no te quería.

Ven, y que el lazo del eterno fluido,
tu alma desencarnada una á la mía,
cuando sus áureos cálices las flores
abran al beso de nocturna brisa.

Ven á enseñarme, mientras doy al sueño
el cuerpo que han rendido las fatigas,
el místico sendero que conduce
de esta vida mortal, á eterna vida.

Y pueda allí, cuando abandone alegre
el barro de mi cuerpo, hallar la lira
que en el triste saúz del desengaño
colgué en silencio cuando tú partías!



SÓLO ENTONCES

No preguntes por ella, golondrina;
como tú en el invierno,
en pos huyó de limpios horizontes,
de verdes campos y de azules cielos.

Aquí está todavía lo que amaba,
pero marchito y seco;

este es aquel rosal que tantas veces
adornó con sus flores sus cabellos.

No lo conoces ya ¿verdad? ¡Qué mustio
se doblega hasta el suelo!

¡Con qué triste rumor sus secas hojas
se alejan arrastradas por el viento!

Mira la jaula de varillas de oro;
está vacía; ha muerto,
al morir una tarde nebulosa,
de frío y de dolor nuestro jilguero.

Mira el banco de piedra en que solía,
en más felices tiempos,
reclinada en mi hombro, darles forma,
color y vida á nuestros vagos sueños.

Míralo cómo está, ya no es el mismo;
hoy, de musgo cubierto,
es olvidada lápida que cubre
la tumba en que reposan mis recuerdos.

Y aquí mi lira está, mi pobre lira
que yace en el silencio;
que ya no guarda entre sus cuerdas rotas,
de mis canciones de placer ni un eco...

Ya lo ves, como tú, mi dulce amiga
al llegar el invierno,
ansiosa de calor, tendió las alas,
cruzó el espacio, y se perdió en el cielo.

Tal vez más tarde, al rayo de la luna,

mires entre el misterio
del tupido follaje, nuestras sombras
unidas recorrer estos senderos.

Busca entonces mi nombre, golondrina,
en un verde rincón del cementerio,
que sólo nos verán otra vez juntos,
cuando florezca abril sobre mi cuerpo!



¡PERDÓN!

Mi espíritu abatió soplo de angustia,
y por mi propio mal caíste herida,
como, al caer el roble, rueda mustia
la campanula azul, al tronco asida.

Yo provoqué el dolor en mi demencia,
corriendo en pos de los placeres ciego;
tronché mil flores, aspiré su esencia,
y pude ingrato despreciarlas luego.

Y audaz y sin temor, ansiando sólo
dar forma á una quimérica esperanza,
no vi que lentas apiñaba el dolo
nubes de tempestad en lontananza.

Y cuando al fin tu amor, puro, inocente,
me apartaba del borde del abismo,
la tormenta estalló sobre mi frente
y nos hirió á los dos un rayo mismo.

¿Por qué caí de hinojos al mirarte?
¡Ay! ¿por qué no pensé que bien podrías,
violeta de mis campos, marchitarte
al rudo soplo de las culpas mías!



FLOREAL

VEN á mi lado, ven, mi adorada,
mi mariposa de alas de luz;
ven, que ya es hora;
ya la alborada
alegre dora
el bosque, el llano, la cumbre helada
y el cielo azul.

Todos saludan al nuevo día,
cantan las aves y gime el mar;
ya el sol asoma;
ven, reina mía;
une, paloma,
tus dulces cantos á la armonía
primaveral.

Bajo la hierba tupida y alta
chirrea el grillo, zumba el moscón;
brota entre piedras

fuelle que salta,
y entre las hiedras,
la lagartija que el tronco esmalta,
se comba al sol.

Vuelan las aves hacia los nidos;
el aura el polen deja al pasar;
vibran, restallan

juncos unidos;
doquiera estallan
besos que llenan con sus ruidos
la inmensidad.

¡Qué hermoso el tiempo de los amores!
Es templo el bosque; ven junto á mí,
ven, y entre tantos

dulces rumores,

que nuestros cantos

«¡Hossana!» — digan — «¡mes de las flores!»

«¡Hossana, abril!»



EN EL BOSQUE

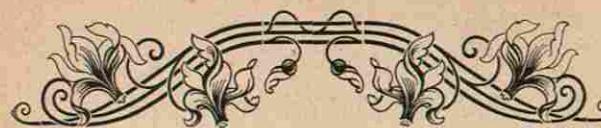
ESTAMOS en un templo. No temas; Dios nos mira,
en dondequiera se halla y vela por los dos;
es él quien nuestra frase apasionada inspira;
es él el que nos habla, cuando habla nuestro amor.

Acércate, ángel mío, acércate, y á solas
vaguemos al acaso, ¡qué bella estás, mi bien!
Parece que al mirarte las rojas amapolas
se inclinan en su tallo para besar tus pies.

¿Ves en los viejos troncos, venciendo los rigores
del implacable tiempo, señales de otra edad?
Son fechas que en antaño grabaron amadores
que en este bosque, á solas, vinieron á vagar.

¡Qué hermoso es lo que resta de dichas que pasaron!
¿Escuchas ese tenue, dulcísimo rumor?
Son besos de otros días, promesas que encontraron
en cada roca un eco, y un nido en cada flor.

¡Tus flores, primavera! ¡A qué que nos las niegues
si ha de llegar un día en que la luz del sol
alumbrará las rosas que en el sepulcro riegues,
donde gusanos sean los cuerpos de los dos!



NAVIDAD

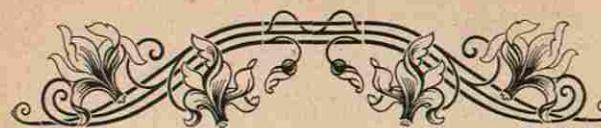
NAVIDAD! ya ni recuerdos
me traes en tu serena
bruma, que esperanzas mías
arrebujó en otras épocas.

De los tiempos que pasaron
en mi alma quedó la huella,
como quedan en los mares
fosforescentes estelas.

Pronto ha de borrarse, pronto;
que historias, nombres y fechas,
son del árbol de la vida
hojas que el invierno seca;

¡Qué hermoso es lo que resta de dichas que pasaron!
¿Escuchas ese tenue, dulcísimo rumor?
Son besos de otros días, promesas que encontraron
en cada roca un eco, y un nido en cada flor.

¡Tus flores, primavera! ¡A qué que nos las niegues
si ha de llegar un día en que la luz del sol
alumbrará las rosas que en el sepulcro riegues,
donde gusanos sean los cuerpos de los dos!



NAVIDAD

NAVIDAD! ya ni recuerdos
me traes en tu serena
bruma, que esperanzas mías
arrebujó en otras épocas.

De los tiempos que pasaron
en mi alma quedó la huella,
como quedan en los mares
fosforescentes estelas.

Pronto ha de borrarse, pronto;
que historias, nombres y fechas,
son del árbol de la vida
hojas que el invierno seca;

y como es ave el recuerdo
que en la rama el nido cuelga,
la rama el ave abandona
cuando la última hoja rueda!

Ya como antes no me anima
tu bullicio, Noche buena,
y ¡adiós! sonriendo les digo
a los que van á tus fiestas.

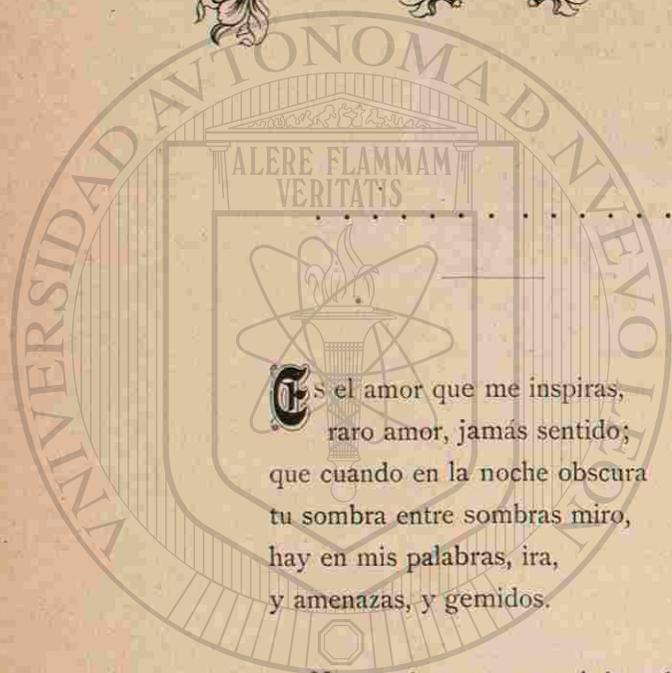
Ya sólo busco en la calma
del hogar, la dulce y quieta
felicidad del que ansía
el descanso tras la brega.

En el festín de la vida
apuré la copa llena,
y tras el contento vino
la embriaguez con sus tristezas;
y así cuando todos corren

en pos de engañosas fiestas,
y vibran rompiendo el aire
punteos de las vihuelas;

cuando augusta y melancólica
la diosa de las tinieblas
prende crespones de luto

en los picos de la sierra,
y los recoge y arruga
y después flotar los deja
suspendidos desde lo alto
por clavos que son estrellas,
y olvidado de los hombres,
lejos de afanes y penas,
murmuro, mientras las sombras
mi tranquila estancia pueblan:
—«¡Oh navidad de mi espíritu,
Navidad, bendita seas!»



Es el amor que me inspiras,
raro amor, jamás sentido;
que cuando en la noche oscura
tu sombra entre sombras miro,
hay en mis palabras, ira,
y amenazas, y gemidos.

No es mi amor como el de todos;
pueden los demás, rendidos,
inclinarse acongojados
ante tu ademán esquivo;
¡pero yo, que nunca ruego;
pero yo, que nunca pido,
me inclinaré cuando sepa
que es tu amor siervo del mío!

Paladín de otras edades,
para la lucha nacido,
ni arredra el combate mi ánimo,
ni me acobarda el destino;
igualo mi amor al tuyo
porque es grande y es altivo;
¡ay de los dos, si en la lucha
no rueda tu amor vencido!

Guardo tesoros en mi alma
de ternura y de cariño,
como guarda el mar avaro
tesoros en sus abismos;
si quieres hacerlos tuyos,
tuyos no más, es preciso
que en el mar de mis pasiones
naufraque al fin tu navío!



IRREMEDIABLE

YA sé que no es posible; quise en vano
buscar en ti consuelo á mis dolores...
¡El ave de mis últimos amores
buscó tu abrigo y la alejó tu mano!

Sepulta en negro y pavoroso arcano
el sol de mi ilusión sus resplandores,
y del pasado bien, las blancas flores
mustias alfombran el desierto llano.

Yo vengo á ti rendido de la brega,
gladiador fatigado, que á la holganza
y á dulce y blando reposar se entrega,
y tú me enseñas cómo en lontananza,
débil las alas para siempre pliega
el arcángel de luz de mi esperanza.



REDEMPTIO

LOS vapores del pantano
al caer desde la altura
trocados en lluvia pura,
son floración en el llano
y en el ambiente frescura.

Desde tu alma pervertida,
al recordar los sonrojos
y la infamia de tu vida,
en desbordada avenida
el llanto sube á tus ojos.

No te avergüences si veo
esas lágrimas, que son
para mí, que en nada creo,
esperanza, amor, deseo...
y para ti... ¡redención!



TREINTA AÑOS

FLENO de loco afán y de esperanza,
puse el pie en los dinteles de la vida,
y avancé por el rumbo en que, perdida,
la ardiente y ciega juventud avanza.

¡Oh necia edad que sin temor se lanza
tras un ensueño que al placer convida,
y su ilusión contempla convertida
en un oasis que jamás se alcanza!

Nada guardo de ti; ya no aprisionan
mi materia con torpes embelesos
venturas que al hastío la abandonan;
que en jaula de azucenas al fin presos,
hoy mis amores, al hogar entonan
himnos con frases que parecen besos!

Agosto de 1898.



Á UNA GOLONDRINA

QUEN, golondrina, ven; el escondido
hueco que ayer dejaste abandonado,
aun se ve entre la hierba que ha trepado
por el vetusto paredón derruído.

Cuando el viento, al pasar, con blando ruido,
agita ese festón enmarañado,
descubre, como un ojo del pasado,
la negra entrada de tu antiguo nido.

¡Alégralo otra vez!... ¡Es tan sombría
la soledad eterna!... ¡Bien lo sabe,
golondrina gentil, el alma mía!
En vano espera que su mal acabe;
que el amor le sirvió de nido un día,
¡y huyó del nido para siempre el ave!



HACIA EL REPOSO

QUÉ envidias á los otros? Son sus dolores
como los tuyos, negros, hondos, sombríos:
y como tú, caminan sobre los fríos
despojos de sus mustias y muertas flores.

Para ellos las venturas y los amores
ondas fugaces fueron de azules ríos,
que en el mar sin ribera de los hastíos
rompieron sus cristales de mil colores.

Y ansiosos de consuelos y de ventura,
tras un bien que en el mundo jamás se alcanza,
sin un astro que alumbre su noche oscura,
como el reo al cadalso febril avanza,
caminan al reposo, que es la locura,
arrastrando el cadáver de su esperanza!



Á VIRGINIA REITER

ANTES de que te alejes de las playas
que el golfo indiano con sus ondas besa,
antes de que contemples á lo lejos
irse perdiendo mi natal ribera,
quiero que vibre en mi laúd un canto
que te recuerde, cuando al fin te veas
bajo el cielo sin nubes de tu patria,
el limpio azul del horizonte azteca.

¡Quiero que vaya á confundir su acento
con el acento de la brisa inquieta
que marque el rumbo á tu bajel, y gima
al desplegar la crujidora vela;
quiero que por las noches, dominando

el ronco tumbo de la mar revuelta,
llegue armonioso á despertar en tu alma
dulces recuerdos de lejanas tierras!

Que te hable de tus triunfos y tus glorias,
de las guirnaldas que á tu sien de reina
ciñó la admiración de los que oyeron
resonar tus palabras en la escena.
Que te lleve el rumor de los aplausos
que aquí escuchaste, como el viento lleva
el ruido del torrente que impetuoso
sus turbias aguas desde lo alto vuelca!

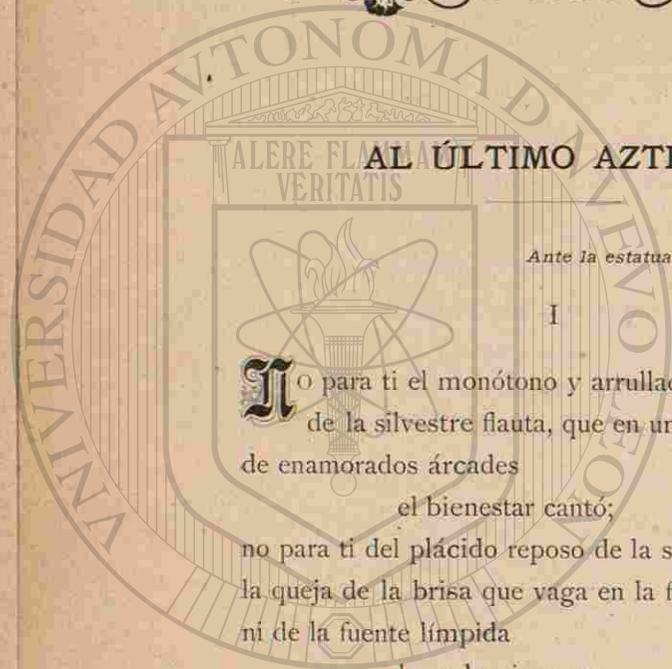
Y cuando el tiempo pase, cuando á solas
el velo rasgues de olvidadas épocas;
cuando en el libro de tu historia busques
triunfos que fueron en remotas fechas;
murmura el nombre de la patria mía,
y al murmurarlo cariñosa, piensa
que guarda tu memoria, como avaras
guardan las conchas de la mar sus perlas.

¡Piensa que el rayo de la blanca luna
que en la onda azul y transparente riela,
le hablará de las flores que cantando
tronchó del tallo, al divagar Ofelia,

Piensa que en el rumor místico y tenue
del viento triste que al pasar se queja,
oírás el crujir de la tendida escala
bajo el pie del amante de Julieta!

¡Piensa que siempre, del ocaso lejos,
verá en el cielo fulgurar tu estrella,
y que tu nombre gemirán sus brisas,
y que sus campos guardarán tus huellas;
y en cambio, cuando el último picacho
perderse mires de su indiana sierra,
mándale una palabra de ternura
en un suspiro de dolor envuelta!





AL ÚLTIMO AZTECA

Ante la estatua de CUAUHEMOC

I

No para ti el monótono y arrullador sonido
de la silvestre flauta, que en una edad que ha sido,
de enamorados arcades
el bienestar cantó;
no para ti del plácido reposo de la siesta,
la queja de la brisa que vaga en la floresta,
ni de la fuente límpida
la cadenciosa voz.

II

Para cantarte, el horrible bramido de tus mares;
que de los ahuehetes las ramas seculares
formen la lira trágica
de rudo y bronco son;

152

y allí donde la tétrica tiniebla no huye nunca,
entre las duras rocas de la árida espelunca,
suene tu nombre heroico
en el rugir del león!...

III

Cuando con giros rápidos los negros nubarrones,
por el espacio cruzan, revueltos en montones,
como tropel de búfalos
que perseguidos van,
te miro erguido y pálido, al aire la melena,
el ademán resuelto, la indiana faz serena,
entre los rayos lívidos,
con el turbión pasar.

IV

Cómo de antiguas épocas acude á mi memoria
entonces el recuerdo, y la gloriosa historia
de tus combates ínclitos
y tu valor audaz!
Tu mismo nombre es bélico, es como nota hueca
de caracol guerrero, de tamboril azteca,
pero jamás de música
que resonó en la paz!

153

V

Al evocarte, súbito, siniestro se levanta
 todo un pasado horrible, un batallar que espanta,
 un lago en que cadáveres

oscilan por doquier;
 la sangre obscura y fétida empapa el suelo indiano,
 no hay nidos en las ramas, ni flores en el llano,
 ni vencedora el águila
 sobre el nopal se vel...

VI

Al resplandor flamígero de inextinguible hoguera,
 con el *chimali* roto, la negra cabellera
 apelmazada y rígida

sobre la regia sien;
 el noble pecho atlético, de combatir jadeante;
 te he visto en tu caída, soberbio y arrogante
 como el arcángel bíblico

proscrito del Edén.

VII

Tú sin temor, impávido, lanzando en tu coraje
 como un eterno reto, como un supremo ultraje

al campamento ibérico

tu dardo vengador,
 grande eres como el águila que herida voltejea,
 y en su veloz descenso, se afana y aletea
 por ver, una vez última,
 de faz á faz al sol.

VIII

Con el triunfante enérgico, con el vencido blando,
 sañudo en el reposo, pero sonriendo cuando
 el *teponastli* bélico,

vibraba en ronco son,
 sentían, admirándote, en las contrarias filas,
 pavor al ver el rayo brotar de tus pupilas
 bajo el plumaje fúnebre
 de tu imperial airón.

IX

Tú fuiste, tú, titánico, quien diste al enemigo
 que batalló en tu suelo, que combatió contigo,
 con tu valor indómito

renombre y gloria y prez;
 que hallarte en la lid bárbara, terrible é imponente,
 y ante tu paso erguirse, y contemplar de frente

grandeza tan heroica...

¡también grandeza fué!

X

Señor, escucha; límpido y azul y terso el lago,
recoge entre sus ondas el rayo triste y vago,
que la alta luna pálida,
desprende de su sien;
en tus praderas índicas hay árboles y hay nidos;
¡reposa!... mas si acaso mañana los sonidos
claman de trompas épicas,
Señor, despierta y ven!

XI

¡Sal de la tumba lóbrega, al aire la melena,
el ademán resuelto, la indiana faz serena,
como la ira lívido,

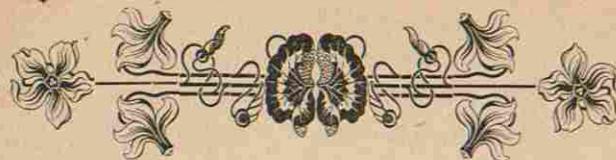
sublime como un dios;

y en desbandada, débiles, los de contrarias filas,
huirán al ver el rayo brotar de tus pupilas
bajo el plumaje fúnebre

de tu imperial airón!

1896.

156



À la Sociedad de Geografía y Estadística

en el

50.º ANIVERSARIO DE SU FUNDACIÓN

I

CANTAR quisiera siempre cual hoy canto!...

En medio de esta majestuosa calma,
á serenas regiones tiende el vuelo,
ajena á todo malestar, el alma;
y sin volver los ojos á este suelo
donde todo dolor halla cabida,
y donde sombras por doquiera advierte,
va á borrar en las fuentes de la vida
el beso que al nacer le dió la muerte.

157

II

Sabe que aquí, percedera escoria
 es el vaso que guarda
 la esencia del humano pensamiento,
 y es su afán, que al destruirse la materia,
 ya que dura no más lo que un momento
 y que un destino tan precario tiene,
 la esencia se difunda con el viento
 y su perfume al universo llene.

III

Ya no como en un día,
 víctima del terror y el desencanto,
 oculta el hombre su saber al mundo;
 ya no borra con gotas de su llanto
 las páginas de libros inmortales
 que pasto fueron de voraz hoguera;
 ya no doblegan ominosos yugos
 la orgullosa cerviz, en que anidaba
 prejuizada verdad como quimera;
 el árbol con la sangre tuvo jugos,
 la humanidad de ayer fué como Antheo,
 y hoy grita faz á faz á sus verdugos,
 lo que dijo en voz baja, Galileo.

IV

Todo cuanto ha de ser, batalla y pugna
 tenaz y sin desmayo
 por destrozarse la cárcel que lo encierra:
 la mies en las entrañas de la tierra,
 y en las entrañas de la nube el rayo.

V

Todo busca afanoso espacio, ambiente,
 sol, libertad y vida, y todo en torno,
 por conseguirlo así, luchar se siente:
 dentro del huevo el pájaro aletea,
 en sus negras cavernas brama el austro,
 se agita el feto en el materno claustro,
 y en el cerebro pensador, la idea.

VI

Y al fin lo misterioso, lo escondido,
 se abre paso á la luz, y el grano es vida;
 el rayo es muerte, ó fuerza si lo alcanza
 la mano de los hombres atrevida;
 águila, el ave, que con raudo vuelo
 al vago viento sin temor se lanza,

y se engasta en lo azul de lo infinito;
el niño, voluntad que firme avanza;
y la idea, cantar, murmullo ó grito!

VII

Todo cuanto ha de ser, fuerza es que sea:
nada aminora el poderoso impulso
que á seguir adelante al hombre obliga;
que aun cuando está sembrado
de espinas el sendero que recorre
el que camina en pos de lo ignorado,
él sigue audaz, sin que el dolor le arredre,
tras su amada y risueña fantasía
halagadora siempre y siempre bella;
y si acaso sucumbe, en su agonía
sonríe, porque sabe que de guía
á otra ambición le servirá su huella.

VIII

Nada le importa que con mano ruda
le quebrante los miembros el cansancio;
le servirá de lecho la desnuda
rugosa superficie de una peña,
sin que en aquel reposo

de su mente el olvido se haga dueño;
que si acaso la paz le brinda el sueño,
con su eterno anhelar tan sólo sueña.

IX

Ni le importa el dolor, lo busca; sabe
que en la amplia liza de la humana gloria,
son las causas mejores
y las que lauro inmarcesible legan,
esas en que esforzados gladiadores
contra el revés y el infortunio bregan.

X

Así el combate es noble, así han vencido
los que primero humildes,
en lid con el quebranto,
grandes, tras de vencer, han sido luego;
porque si el llanto es fuego y quema el llanto,
también depura y aquilata el fuego!

XI

Así es cómo han triunfado
en lucha contra el mal, y no en la calma,

los héroes de la ciencia,
esos que entre las llamas del brasero,
entregaban a Dios sin mancha su alma,
y sin mancha, á los hombres, la conciencia.

Esos que no ignoraban que las cimas,
lo que se eleva más y más se encumbra,
es lo que más con el turbión batalla
y lo que más el huracán azota:
¡la encina de la cumbre es la que, rota,
al suelo viene cuando el rayo estalla!...

Hoy, al cantar el triunfo de esos héroes
en este, del saber, augusto templo,
á vosotros también admiro y canto;
que muchos de vosotros, á su ejemplo,
en el libro tenéis de vuestra historia,
páginas inmortales de una gloria
que fué santificada con el llanto.

XIV

Muchos habéis sentido
en la mundana lidia,
el generoso corazón herido
por el innoble dardo de la envidia!

XV

Bien haya vuestro afán y vuestro empeño,
sacerdotes augustos de la ciencia,
guerreros invencibles del trabajo;
sólo en crear vuestra ambición estriba,
ya estudiando los astros allá arriba,
ya los hondos abismos aquí abajo.

XVI

No existe un generoso pensamiento,
no existe una verdad, no hay una idea,
que aquí no encuentre albergue, adquiera aliento,
y al mundo nazca, y en el mundo sea.

XVII

Y avanzáis, y avanzáis sin que os asombre
el malestar ni el dolor,

sólo luchando por el bien del hombre,
nunca por vuestro bien, luchando sólo!

XVIII

Y buscáis el dolor; no se os oculta
que son como el abismo las querellas:
puede, hasta en pleno día,
quien más en lo profundo se sepulta,
ver lucir en el cielo las estrellas.

XIX

Seguid así adelante, vencedores;
que nunca en la molicie,
el que ha de ser titán, su esfuerzo educa;
que sólo el recio y varonil empuje,
sobrecoge y espanta, arrolla y vence,
y rastro eterno tras su paso deja;
que si conmueve la sentida queja,
el alarido del dolor, convence!

XX

Id por la senda que seguís, tranquilos,
marchando sin temor, sin que os conturbe.

el miedo de morir; pues sabéis todos
que el que da al ciego luz, paz al que gime,
y cariño y hogar al proletario,
aun cuando expire en el suplicio infame,
habrá cumplido su misión sublime,
y en cada corazón tendrá un santuario:
¡siempre han sido las rocas del Calvario
el digno pedestal del que redime!

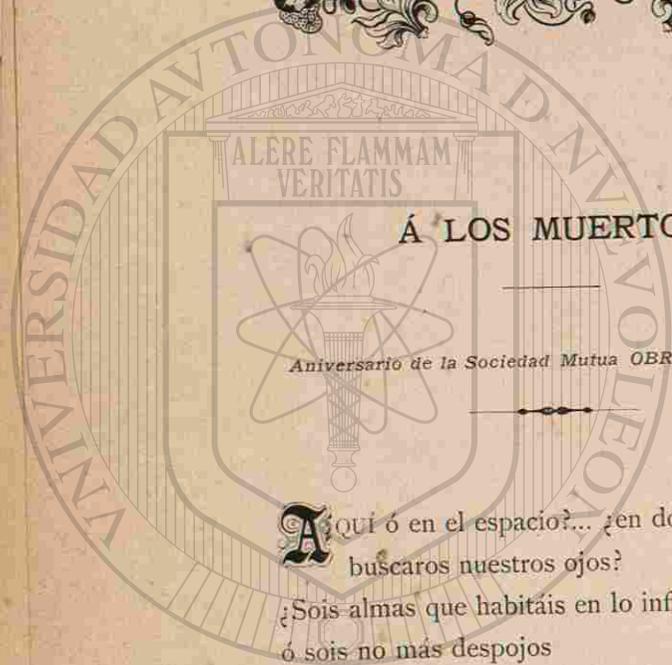
México, Abril 28 de 1901.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



Á LOS MUERTOS

Aniversario de la Sociedad Mutua OBREROS LIBRES

Aquí ó en el espacio?... ¿en dónde deben
buscaros nuestros ojos?

¿Sois almas que habitáis en lo infinito,
ó sois no más despojos

de algo de lo que sólo y entre abrojos
un nombre en una losa queda escrito?

¿Cuando se rompe el vaso,
la misteriosa luz que en él alumbra
libre al cielo se encumbra

y es en el cielo estrella sin ocaso,
ó es tan sólo, esa luz, como el destello

que en los diamantes por las noches brilla,
y roto el vaso, como todo aquello
que es arcilla no más, vuelve á la arcilla?

.....
¿Qué importa donde estéis? Bien era que antes
se pensara en la suerte de los idos,
y desde aquí, los ojos anhelantes
buscaran angustiados los errantes
espíritus perdidos.

Bien está que cuando era
el grito de la víctima en el ara
grato al Divino Ser, el hombre fuera
hasta el templo-cubil, y en él comprara
con sangre los favores del Dios-fiera;
pero hoy que ya pasó para los hombres
la edad de la quimera,
en que iban héroes á escribir sus nombres
con letras de astros en la azul esfera;
hoy que pesa la mano de los siglos
sobre la época ruda,

en que arrancaba el hombre á los abiertos
pechos, los corazones palpitantes
para tener propicios á sus muertos;
hoy que ya en la mansión del poderoso
ó en la humilde cabaña,
no se conjura al dios de los rigores

con ceremonia extraña;
hoy que la humanidad no sólo es buena
por la ambición al premio prometido,
ni por pavor á la futura pena;
hoy que se adora más, de los hogares
en el tranquilo y familiar santuario,
al Mártir que perdona en el Calvario,
que al Cristo que amenaza en los altares;
¿qué importa donde estéis? hoy, para honraros,
basta con deshojar sobre la fosa
que encierra vuestros huesos,
símbolo de la paz, la blanca rosa
donde se mezclan lágrimas y besos;
que al dejar de este modo
una memoria al ser que nos amaba,
no la dejamos donde todo acaba,
porque es allí donde principia todo!

Ante la tumba abierta
no se abre á un tiempo mismo
la pavorosa puerta
de un más allá fatídico é incierto;
hoy el sepulcro abierto
no conduce al castigo á ningún alma,
ni en una inútil calma
deja que se corrompa el cuerpo muerto;

hoy la materia que alentaba, vive:
es perfume en la flor, pan en el grano,
y gérmenes de vida eterna crea,
y el alma libre, en el cerebro humano
vuelve á ser vida, concepción é ideal!

Dichosos de vosotros que cumpliendo
estáis la misión santa
de dar con la existencia, otra existencia
que de la tumba misma se levanta.
De vuestras criptas impalpable surge
la misteriosa esencia
que en vibradores átomos se esparce;
que el viento arrastra y donde quiera arroja;
que la nube, al volcar su negra crátera,
entre las gotas de la lluvia vierte
y los terrenos áridos inunda,
haciendo con la vida de la muerte
la vida de los vivos más fecunda!
¡Dichosos los que pueden
hacer que nada se destruya y pase,
y son á un tiempo, en la inmortal reforma,
fuerza en la fuerza, en la materia forma,
luz en la mente y en el labio frase!

¿Qué más podéis ambicionar? Por eso
para rendir tributo á vuestros manes,

venimos á evocar vuestra memoria
sabiendo que aquí abajo,
luchar con la ignorancia frente á frente,
ceñir con el laurel de la victoria
las sienas de la ciencia y de las artes
y ser vencido al fin por el trabajo,
es renacer después en todas partes!
Y como siempre fuisteis
de la constancia y del deber campeones,
y disteis de la vida en la pelea
a vuestros hijos generoso ejemplo
de grande y noble sacrificio oculto,
ved aquí en cada corazón un templo,
ved aquí en cada pensamiento un culto!

1901



Á NICOLÁS BRAVO

¿No es toque fúnebre que suena á la sordina,
ni es el gemir del viento que angustia al que camina,
cuando la noche lóbrega, lo envuelve en su crespón;
no es el redoble lánguido, igual, acompasado,
que en la sonora caja del parche destemplado
retumba, «adiós» diciéndole, al héroe que murió.

Es el himno bélica que anuncia la victoria;
es el laurel pomposo, que al soplo de la gloria
suena como arpa eólica, meciendo su crestón;
es de tantas épocas el formidable canto,
á cuyo son el paria trocó en furor su espanto,
y sus calles miseras, en balas de cañón.

170

171

Cuando en las noches lóbregas el viento gime ronco,
y braman los torrentes, y el retorcido tronco
de los vetustos árboles descuaja el huracán;
cuando sacude olímpico el dios de la tormenta
el rayo pavoroso, que horrísono revienta
y baja hendiendo cárdeno la densa obscuridad;

—
ante esa lid titánica de todo contra todo;
del viento contra el árbol, del cielo contra el lodo,
de la ola negra y rápida, rompiendo en el cantil;
mi conturbado espíritu se vuelve al tiempo de antes,
y pienso en otras luchas, en luchas de gigantes,
y en adalides inclitos; señor, y pienso en ti.

—
Y así te miro impávido, llevando en la pelea
como arma tu fe pura, como broquel la idea,
la libertad como única y eterna aspiración;
y al recorrer intrépido los campos de batalla,
creer que en el mortífero rugir de la metralla
tronando estaba próspera la voluntad de Dios.

—
Todo lo diste pródigo; el bienestar ansiado
trocaste por las luchas amargas del soldado,

la calma dulce y plácida por la constante lid;
nunca las alas cándidas del dios de los amores
velaron tus ensueños, jugaron con tus flores,
ni tuvo tiernos cánticos la brisa para ti!

—
Tu manto fué la púrpura de sangre generosa,
que en borbotón hirviente, que en vena portentosa
del campo los estériles terrenos fecundó.
Jamás dormiste apático, del viento á los murmullos;
que fueron de tus sueños los únicos arrullos
el humo de la pólvora y el trueno del cañón!

—
Nunca el rencor hipócrita halló en tu pecho nido;
luchaste sin enojo, y hundiste en el olvido
recuerdos de la pérfida venganza dura y cruel;
ante el espectro pálido del dueño de tus días,
sufriste como el Cristo tremendas agonías,
para subir al Gólgota y perdonar desde él.

—
Tal como el sol, espléndido, que cuando el cielo encumbra
alienta y engrandece cuanto su rayo alumbra,
á todos dió tu espíritu, valor y fuerza y fe;
aun todavía heroico, cuando la noche llega,

seguido de los niños que agigantó la brega,
vagar entre sus árboles te ve Chapultepec.

Descansa: en duras páginas de bronce y de granito
verá el futuro absorto tu excelso nombre escrito,
y ante ese nombre, trémulo, la frente inclinará;
descansa: la República sostiene tu cabeza,
y guarda de tu sueño profundo la grandeza,
posada en tu sarcófago, el águila caudal.

Y si los siglos rápidos en su obra destructora
avientan tus cenizas, no importa; que atesora
grandeza tan benéfica el polvo de tu ser,
que donde caiga un átomo, sobre la madre tierra
que se bebió la sangre que derramó la guerra,
se elevarán espléndidos la oliva y el laurel!

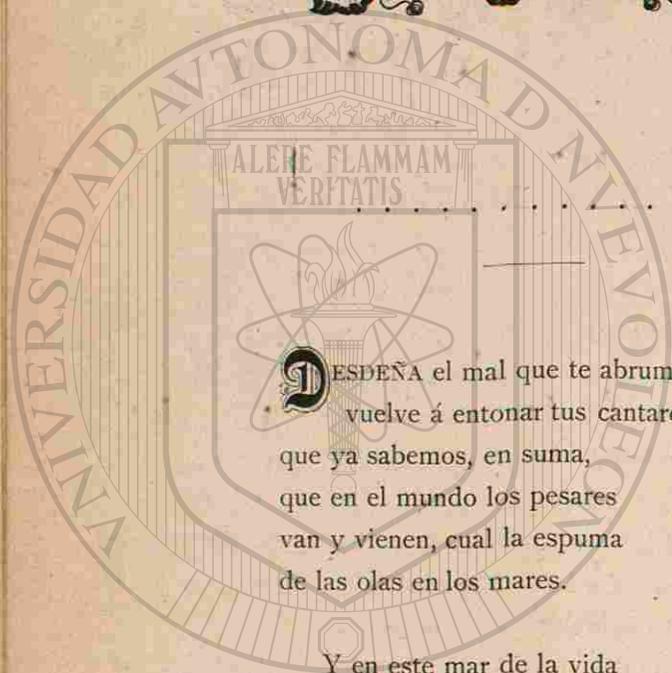


EN LA BREGA

ALZA la frente y lucha, en el combate
los atléticos músculos despliega;
¡mal haya el torpe que en la ruda brega,
como la caña ante el turbión, se abate!

Cuando más en tu torno se desate
en colérico ardor la envidia ciega,
más con su furia desdeñoso juega,
provoca con más ímpetu su embate.

Pero si rueda tu contrario herido,
detén el nuevo golpe; que es mancilla
furores desahogar en el caído;
yérguete siempre ante el que no se humilla;
porque ante la desgracia del vencido,
si el vencedor es noble, se arrodilla.



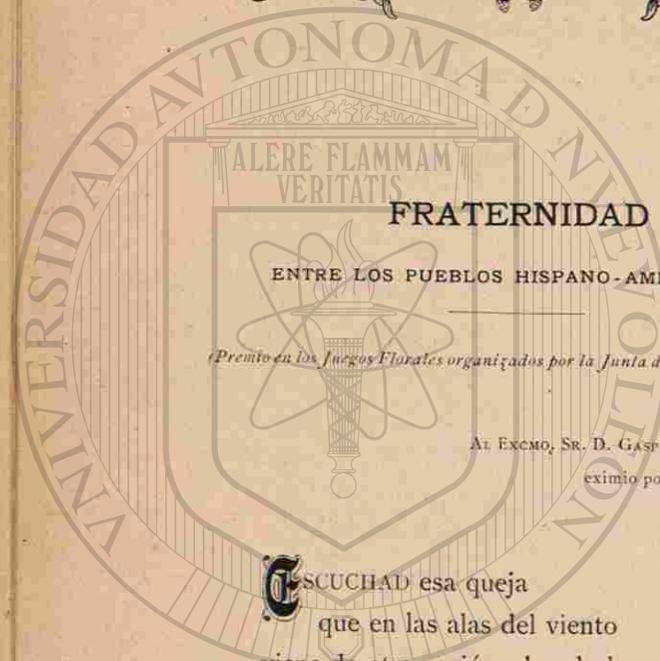
DESDEÑA el mal que te abruma,
vuelve á entonar tus cantares;
que ya sabemos, en suma,
que en el mundo los pesares
van y vienen, cual la espuma
de las olas en los mares.

Y en este mar de la vida
donde todo ímpetu alienta,
bien necio es quien se intimida
cuando estalla la tormenta,
sabiendo que va perdida
toda nave que á él se lanza;
pues con buena ó mala suerte,
con tempestad ó bonanza,

del puerto de la esperanza
se va al puerto de la muerte.

Deja que en el mástil flote
tu bandera á todo viento,
y cuando el turbión la azote,
y el mar se encespe violento,
y contemples el abismo
abrirse negro á tus pies,
ríe audaz en tu estoicismo,
recordando que, al fin, es
siempre el resultado el mismo;
que si hoy no, será después,
cuando nos trague el abismo
abierto ante nuestros pies.

Y si al fin de varios modos
en nave que al azar vaga,
viento en popa vamos todos
adonde todo naufraga;
aun en medio de la bruma
resuenen nuestros cantares
siempre alegres, ya que, en suma,
sabemos que los pesares
van y vienen cual la espuma
de las olas en los mares.



FRATERNIDAD

ENTRE LOS PUEBLOS HISPANO-AMERICANOS

(Premio en los Juegos Florales organizados por la Junta de Coahuila en 1901)

Al Excmo. Sr. D. GASPAR NÚÑEZ DE ARCE
eximio poeta

ESCUCHAD esa queja
que en las alas del viento
viene de otra región, ¡hondo lamento
que pavoroso donde quiera deja
angustia y malestar y sufrimiento!

¿De quién es esa voz? ¿Cuyo ese grito?
¿Qué congoja que espanta
lleva del corazón á la garganta
ese ¡ay! que clama á Dios en lo infinito?

Entre las sombras que el dolor condensa,
de pie, suelto el cabello y con las juntas
manos caídas, mientras racha intensa
mantiene de su manto altas las puntas,
una mujer, señora de dos mundos
en tiempos idos, cuando Dios quería,
desde la ibera playa al viento entrega
el ¡ay! desgarrador de sus profundos
gemidos de inmortal melancolía.

¡Esa es España! *Atónita y herida*
bajo el peso brutal de su infortunio,
mientras la ola que á sus pies desmaya,
imagen fiel de la inconstante suerte,
su espuma abate en bullidora raya,
hacia la azteca playa
los tristes ojos con afán convierte!

Pretende ver de nuevo entre la bruma
surgir, como al hechizo de un conjuro,
aquel remoto y escondido imperio
que surgió entre la sombra y el misterio
como el naciente sol surge en lo obscuro.
¿Y recuerda aquel tiempo en que al bravío
indiano mar, al despuntar un día,
la perla más valiosa que tenía

logró arrancar con el pujante brío
con que paseó de un polo al otro polo
del parche hispano al épico redoble
de su blasón heráldico el emblema,
haciendo de ella su florón más noble
al engazarla en su imperial diadema?...

¡Madre! bien haces en tener ahora
en que te humillan la dobléz y el oro,
los tristes ojos en nosotros hijos:
si en épocas pasadas, su decoro
con ánimo viril y pecho fuerte
guardaron contra ti tus propios hijos,
hoy que se abate el ángel de la muerte
sobre tus campos fértiles, señora,
vuelve a nosotros tu mortal tristeza,
reclina en nuestro seno la cabeza,
somos tus hijos y te amamos: ¡llora!

¿Te acongoja la duda? ¿Acaso temes
que, desbordado río,
tal como sacudió tu poderío
el mal que te atribula y que te abate
y origen es de tus amargas penas,
abata y atribule al que en sus venas
lleve la sangre que en tus venas late?

¿Temes que al recio y formidable embate
de gentes nuevas y de extraño idioma
muera el idioma que se habló en Castilla?
¿Por qué? No temas el adverso empuje;
que todo mar que se alborota y ruga
su impetuoso furor rompe en la orilla.

No morirá tu raza; vuelve el rostro
á las viejas naciones; el tirano
dolor sacude y ve cómo se empina,
tras los Alpes, el águila latina
que viene en busca del condor indiano.
Somos los mismos, nuestra raza es una,
una la fuente límpida y sonante
que dió con su rumor música al verbo
con que rió Quevedo y lloró el Dante.
¡Oh España! ¡olvída la espantosa lucha,
enjuga el llanto acerbo,
yergue de nuevo la cerviz y escucha!

¿Oyes ese rumor? Anuncia el día.
Es la brisa que alegre y juguetona
salva la mar bravía,
besa la espuma, arruga la amplia lona,
de la plegada vela, se encarama
por el esbelto mástil, leve agita

la ligera oriflama
que adorna el tope, audaz se precipita
desde la altura, juega con la grama
que alfombra el valle por abril florido,
y va á colgarse al fin de alguna rama
donde sacude y alborota un nido.

Es un soplo de vida
que presta nuevo ser á cuanto toca,
que de polen fecundo el campo llena,
y que hace en la hendidura de la roca
florecer con su aliento á la azucena.

¡Oh y ese soplo es inmortal! el tiempo
ni lo extingue jamás ni debilita;
es el mismo que allá, cuando una aurora
reflejó su fulgor rosado y vivo
por la primera vez en las pupilas
del hombre primitivo,

llevó, lleno de amor y de pureza,
á la frente del ser nuevo y hermoso,
el beso cariñoso
con que lo ungió al nacer Naturaleza.
Es el mismo que guarda del pasado
la augusta majestad y altos ejemplos;
el mismo que al través de las edades
transporta á las agrestes soledades

el polvo de talleres y de templos,
y hace surgir del polvo otras ciudades.

El mismo que al pasar sobre las ruinas
de tu heredad desmantelada y mustia,
hoy que sobre ellas con pesar te inclinas,
nos trae el grito de tu horrible angustia.
Y el mismo que al volver, tras enredarse
en el follaje espléndido y sombrío
de nuestras selvas vírgenes, cargado
de perfumes exóticos te lleva,
con el piadoso olvido del pasado,
el noble don de nuestra sangre nueva.

Recíbelo: aquí están los ideales
que al amplio porvenir las alas tienden:
aquí la savia generosa y rica,
aquí el fecundo y pródigo terreno
en donde la simiente de lo bueno
en árbol se convierte y fructifica.

Aquí es donde en constante,
titánica labor, formando vamos
la cadena de recios eslabones
que al Amazonas con el Bravo enlaza,
y que hará una nación con las naciones
que sangre alientan de latina raza.

Vamos de frente hacia la luz, nos guía
el afán de ser grandes y ser fuertes,
de que sólo un espacio nos cobije,
de que nos dé su impulso un solo aliento,
de ser sólo un cerebro y una idea
que vuele por el mundo con el viento
y que pasmo y asombro al mundo sea.
Y ese es el mismo afán que en los remotos
tiempos movió la raza que es la nuestra,
la que señora fué del orbe entero,
la que de nuevo lo será, si esquivo
el femenino deleite, si sacude
la torpe laxitud, y audaz y altiva,
de su muerta grandeza se alza viva
y á la amplia liza de la gloria acude.

¿Grandeza muerta? ¡No! Dormida sólo.

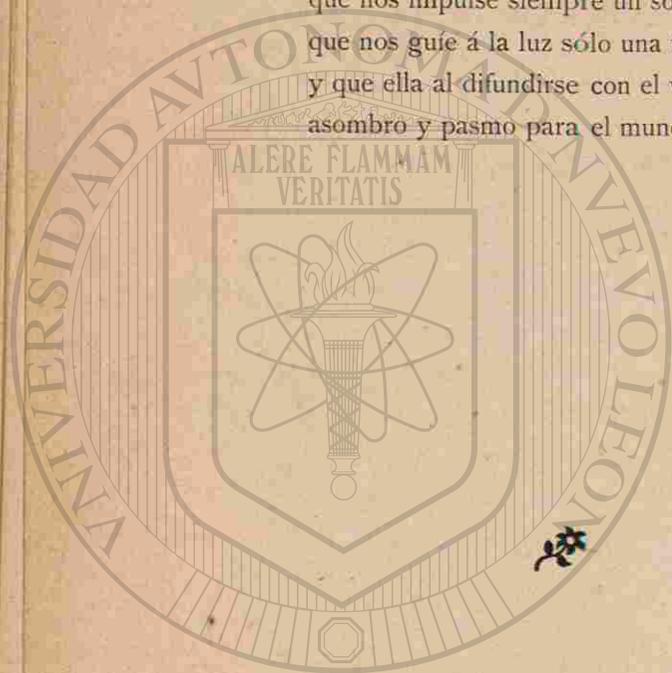
¡Latinos: despertad! erguid las frentes
de lauros inmortales coronadas,
volved á las pasadas
edades las pupilas, y de nuevo
tornad al campo de la lid como antes;
que otra vez las gigantes
trompetas de la fama, entre otros hombres
y en otros climas poderosas suenen,
y que en robustos himnos vuestros nombres

den al espacio y el espacio atruenen!
¿Acaso no será?... ¿Por qué?... El invierno
torna en eriales los que fueron campos;
pero la misma nieve
que la yerma extensión cubre y tapiza,
cuando llega el deshielo
pródiga y germinal empapa el suelo
y los áridos surcos fecundiza.

¡Oh! despertemos: la estación alegre
muy pronto llegará; ya nuestras venas
hincha una sangre juvenil y sana:
ya del árbol, guarida del insecto
y que batió el turbión con rudo azote,
por la rota corteza filtra y mana
la savia resinosa, y como erecto
pezón, en el ramaje apunta el brote.

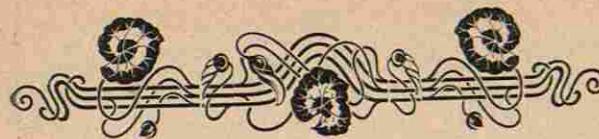
¡Hossanna, hermoso amanecer de un siglo!
toda una raza te saluda. ¡Hossanna!
¡Bendito tú que derramando vienes
entre el leve carmín de la mañana
cuanto de grande en esperanzas tienes!
En ti esperamos, sí; caiga el olvido
sobre el pasado sufrimiento, y surja
la entereza viril. ¡Alzate, Iberia!

Latinos ¡despertad! Marchemos juntos;
que nos cobije siempre un solo espacio,
que nos impulse siempre un solo aliento,
que nos guíe á la luz sólo una idea,
y que ella al difundirse con el viento
asombro y pasmo para el mundo sea.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Canto á los Héroes de la Reforma

Homenaje á Juárez ante su tumba

AQUELLOS fueron símbolos más que hombres:
hostias por el destino consagradas,
carne y sangre de un pueblo,
en el altar augusto de un calvario,
Dios elevó aquel pan á lo infinito,
del asombrado mundo ante los ojos,
y el sacrificio resultó una gloria;
porque un esclavo comulgó de hinojos
y se irguió sin cadenas una historia!

Lenta y oculta, acaso hasta ignorada
por ellos mismos, germinó la idea:
toda revelación es imprevista,



surge á la luz de pronto,
mas se elabora tímida y despacio;
hasta que llega abril, el campo ignora
que son las flores sus mejores galas,
y el águila no sabe que tiene alas
hasta que va á engastarse en el espacio...
El llanto que derrama el oprimido
es lluvia que por fin encharca el suelo;
besa el sol esos charcos,
y hecho el llanto vapor, asciende al cielo:
el vapor que así sube
llega al trono de Dios y se condensa
en pavorosa nube
que aprisiona en su seno
plegarias, altiveces y desmayos;
extiende Dios la diestra, estalla el trueno,
la nube se abre, y de justicia lleno,
desciende el Redentor envuelto en rayos!

Y así los vimos descender: las iras,
las tremendas congojas
de un pueblo de titanes maniatado;
la mancillada gloria del pasado,
el bienestar del porvenir deshecho,
todo ese gran dolor formó un nublado,
y su amplio seno, entre siniestras calmas

y horrendas convulsiones
hizo al sino gestar aquellas almas
la voluntad del Dios de las naciones!

Y aquellos héroes de la luz, surgieron
como al mágico ensalmo de un conjuro,
como al místico encanto de un hechizo;
y á los rayos de un sol ardiente y puro,
el nublado fatídico y obscuro
en lluvia fecundante se deshizo.

Entonces fué la lucha: frente á frente
se irguieron dos gigantes:
uno dominador, déspota, adusto
y amenazando con eternas penas;
el otro dominado, pero augusto,
dispuesto á hacer muralla de su busto
y balas de cañón con sus cadenas.

Desnudo, dejó el uno el yunque, el campo;
los sitios en que vió correr sin premio
su vida de trabajo y privaciones;
sitios en los que atado al férreo yugo
de una labor para él sólo infecunda,
le robaba á su hogar tiempo y caricias,
para poder pagar á su verdugo

los diezmos y primicias.

El otro, el que quemaba el pan del pobre
en el rico metal del incensario;
el adepto de aquel, que proletario
sólo tuvo una túnica inconsútil
para envolver su cuerpo y su grandeza,
lleno de oro, de encajes y pereza,
dejó el confesonario!

Iban también á combatir dos Dioses:
el que hace del erial campo fecundo,
el que ama los ejércitos, y quiere
que seres libres pueblen á millares
los ámbitos del mundo;
el que en los mil rumores confundidos
de los vientos, los bosques y los mares,
«Creced», dice á las aves en los nidos,
y á los hombres «Creced» en los hogares;
y el otro Dios, el Dios que en los altares
amenaza y aterra;
el que tiene en su acento silbos de austro;
el que con el amor y el hombre en guerra,
por odio al hombre y al amor encierra
vírgenes infecundas en el claustro!

¡Qué invencible valor! ¡cuánta constancia!

guardaban en su pecho generoso
los que así desafiaron la arrogancia
y el poder del coloso!...
Contra ellos, oro, valimiento, astucia;
la frase de insidiosa infamia llena
preconizando el cisma en los hogares;
la fe supersticiosa que domina
y que envilece el pensamiento humano,
haciendo que en la voz del Vaticano
tronara el eco de la voz divina:
con ellos, el ilota, el oprimido;
pero también con ellos la esperanza;
junto al desprecio altivo por la muerte,
la firme voluntad que anima y crea,
y para herir y derribar al fuerte,
lista en la honda de David, la idea.

Iban serenos á luchar, haciendo
donación de sus vidas á la patria;
llenos de hondo desdén, desdén sublime
con que al Gólgota sube
todo aquel que perdona y que redime.
Era preciso, al derrumbar lo falso,
al alzar la razón sobre el delirio,

subir al ara cruenta del cadalso
y el triunfo consagrar con el martirio!

—
Y así marcharon á la lid, dejando
la huella de su planta en sangre tinta
en cada verde llano, en cada roca;
vía crucis redentor; sangrienta raya,
que empezada á trazar en Tacubaya,
fué á ceñir el calvario de Pomocal...

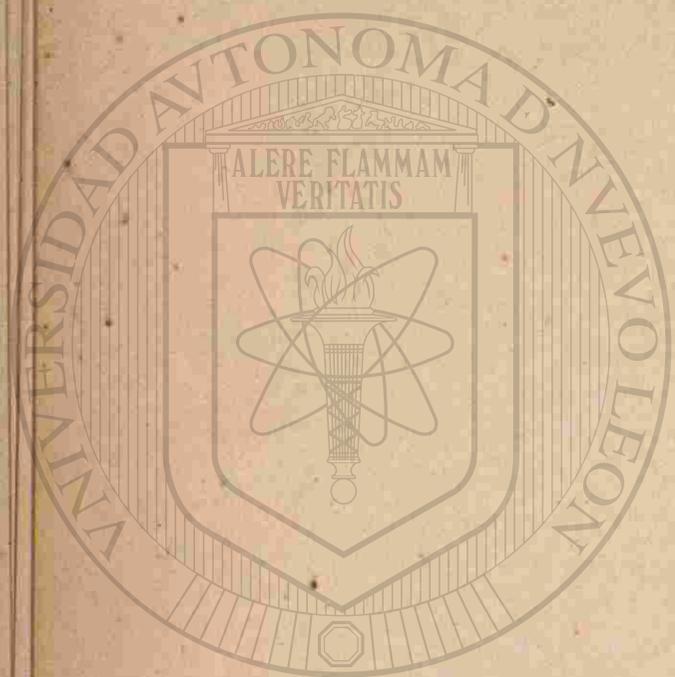
—
¡El choque fué terrible!... cuando al cabo
entre ruinas sangrientas y despojos
el vencedor se irguió; cuando sus ojos,
recorriendo los campos y la altura,
vieron en el confín del horizonte
los tintes indecisos de la aurora
después de aquella noche larga y fría,
bendiciendo al destino, llenó su alma
de una suprema aspiración: el día;
de una indomable voluntad: la calma!

—
Y la paz y la luz al cabo fueron:
vió el arca derrumbarse el alto muro
que encerraba la tierra prometida;
y aquella pobre raza desvalida,
engendrada quizás por la mirada

despreciativa y seca
que lanzó en la tortura
al caudillo español el héroe azteca;
en vez de avara atesorar millares,
trocó en yunques y fraguas los altares,
y erigió un templo á Dios: la biblioteca.

—
¡Juárez! ¡Señor! levántate y ve tu obra
mira la obra de aquellos
que á tu lado lucharon y contigo
le dieron con sus leyes á la patria
puerto seguro y salvador abrigo;
despierta y mira: del taller, del aula,
venimos ante el ara de esa tumba
el cántico á entonar de nuestro credo;
venimos á decirte que has vencido;
que el pueblo de sus labios nunca aparta
de tu enseñanza la sagrada forma,
y que, soldados de la paz, tenemos
un estandarte: nuestra Magna Carta,
y sólo un grito al combatir: ¡Reforma!

Julio de 1902.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

	Págs.
Dedicatoria	v
Carta del Sr. Lic. D. Joaquín Baranda	vii
Último canto de Andrés Chenier	3
Notas al poema Andrés Chenier	18
La maldición de Job	21
Hércules	35
Tulia	37
Agripina	39
Estín de amores	42
Hambre	45
A la memoria de la señorita Camerina Pavón	48
Miserere	52
Oración	54
Gotas de acíbar	55
Tres sonetos	59
Ondinas	62

	Págs.
Últimas hojas	64
¡Hasta entonces!	67
A ti	69
En el álbum de una niña	71
Para el álbum de la señorita Sara Chavero	73
Angelus	75
Yacánex (Poema histórico premiado)	78
No volvió	102
Olvido	104
Canción de otros tiempos	109
Mes de flores	112
Tiempos idos	117
Siempre lejos	120
Gota de acibar	124
Vano anhelo	125
Junto al lago	127
A una muerta	128
Sólo entonces	130
¡Perdón!	133
Florear	135
En el bosque	137
Navidad	139
.	142
Irremediable	144
Redemptio	145
Treinta años	146
A una golondrina	147
Hacia el reposo	148
A Virginia Reiter	149

	Págs.
Al último azteca	152
A la Sociedad de Geografía y Estadística en el 50.º aniversario de su fundación	157
A los muertos	166
A Nicolás Bravo	171
En la brega	175
.	176
Fraternidad entre los pueblos hispanoamericanos. (Premio en los Juegos Florales organizados por la Junta de Covadonga en 1901).	178
Canto a los héroes de la Reforma.	187